CUATRO SOLDADOS Y UN CABO

POR

SIGMA YOTA CAPPA

ó SEA

Salvador J. Carazo





SONSONATE.

Imprenta La Luz.

CUATRO

SOLDADOS Y UN CABO

novela

POR

SIGMA YOTA CAPPA

SEA

Salvador J. Carazo







SONSONATE,

Imprenta La Luz.



PROLOGO.

***

EL temor del qué dirán me obliga á tirarle al lector, á la cabeza, el presente ladrillazo, Von Hohenlohe, Von Miguel y todos los *vones* cuyos patronímicos se ocultan á mis *recherches* en lo más tupido del chaparral espinoso que constituye la germana lengua, se escandalizarían al saber que le soltaba al público un rosario de narraciones, sin decir: agua va!

En alguna parte he puesto de manifiesto que si bien me gusta distinguirme, no me agrada singularizarme. Tengo en mucho la opinión de Gladstone y de Kalnoky y de Crispi y de Mr.... Mr. Malheureux, ó como se llame, el Ministro de Relaciones de la República francesa: para no buscar el medio honesto de lograr lo primero y me respeto bastante para no evitar lo segundo, á todo costo. No cito á Caprivi ni á Bismark, porque como han caído.... y si en alguna parte del mundo está expuesto aquel á quien la fortuna revuelca, á recibir sofiones, es.... á los 13° y minutos de latitud Norte, en este Continente. A punto de que en esa región del Globo no querría que me vieran hablando con los citados, á ningún precio.

A menos que.... á menos que.... sean tan ricos que .... ya Uds. comprenden que *eso* hace variar de aspecto el asunto. El positivismo tiene fases variadas y una de tantas se relaciona íntimamente con la.... metalurgia.

Desde aquí estoy viendo la cara que hace el lector mientras lee lo que precede y le oigo musitar: "hombre! habla Ud. de su pleito y no trae los papeles!" Pacien-

cia, amigo mío, que no hay camino que no se ande, ni plazo que no se cumpla. *On — y — va!*

El medio en el que fueron concebidas las producciones que forman este librito, explicará al lector lo que de irregular ofrezcan: el *local* influye en el ánimo en modo más ó menos sensible; pero eso sí, inevitable. Tengo la certeza de que la especie de cueva en la que tuve alojamiento por el término de un año, ensombreció mi espíritu en grado notable: pues en algunas de las frases me parece ver deslizarse arañas y escorpiones y hay períodos sobre cuyas cuasi alineados vocablos se me antoja que correteau ratas y ratones, emitiendo las notas en tiple sobreagudo, que me ponían los pelos de punta, obligándome á dejar en el tintero toda idea alegre y á ocurrir á algún zapato descabalado—necesariamente *obsoleto*, con el propósito de inducir á los animalitos á hacerse escasos.

Eso ocurría en *mi estudio*, mi famoso *estudio*--del que hice una pintura acabada en "La Pluma". . . . me imagino que en el siglo pasado, ó en la edad de oro de Satutno—aunque bien puede haber sido el año anterior. *Chi lo sá?*

Aquellas cucarachas que á guisa de águilas *caudales*, arrancando de los rincones oscuros hendían el espacio con un frrrrrr de atroz efecto para los nervios: aquellos cínifes con la librea ideada por Rafael para los Suizos de la guardia pontifical, aturdiéndome con tocatas de *¡Atención! Al trote! Carguen!* Y luego . . . . una porción de bichos innominados; pero reptantes, húmedos y pegajosos, en competencia con falenas aturdidas y con coleópteros de dos ó tres clases, empeñándose ó en achicharrarse á la llama de la bugía, ó en dejarme á oscuras. . . . todos y cada una inevitablemente han dejado las huellas de su paso en el estilo de las composiciones que de *mancomun et insolidum*, ayudaban á desvirtuar.

Que querrían *ucedes* que sucediera, pongamos por caso, si en el instante en que vertía la elocuente perorata de Rapagón (V. Barbarie) un cascote de tres á cuatro libras de peso, despnés de perforar el como–cielo raso de *acapetates* podridos, se dejaba caer con irresistible gracia

sobre el tintero y hacía añicos á éste, rociándome la cara de tinta, arena, tierra y partículas de vidrio—no sin trazar á la vez encima de lo escrito alguna caprichosa silueta? En negro, por supuesto.

Después—y eso en el momento más crítico de la *fáctura*, llegaba la Compañía de Opera del Barrio.... y ya es de presumirse lo que ocurriría. Las tejas eran provectas: chocheaban por decirlo así: las cañas sobre las que descansaban eran *aun* más antiguas—y el cielo raso como ya lo dije, llevaba el mismo paso.

No digo que el tenor no atacara con brío su parte y las *fioriture* con las que adornaba la frase aquí y allá, hacían admirar su destreza y el buen timbre de su voz.

Del tenorino y del barítono otro tanto podía decirse en su línea y *Lucía* hacìa con ellos admirable juego. Oh por lo que concierne al canto el elenco era de *primissimo, cartello.*—Era en la parte dramática en la que la sinceridad me compele á descontar algo del mérito de los artistas.

El autor del libretto se guardó bien de dar al público el espectáculo de un duelo entre Edgardo y su rival y apenas si en el concertante, ó mas bien en el final de éste, obedeciendo á la necesidad lírica, exhibe al joven como un energúmeno; pero esto casi, casi, á telón corrido.

Ahora bien, mi gente desde los primeros compases perdía los estribos y la emprendía á manotazos, coces y mordiscos y el techo se zarandeaba y ringleras de tejas se iban al suelo....lo que, aparte del ruido, me tenía sin cuidado. Cuanto más pronto botaran la casa mejor: pero no me salió bien la cuenta la noche en que entre tejas, cañas y cascotes, me cayó encima el cuarteto entero del Rigoletto!

Hablaba Ud. de Lucía en el párrafo anterior, dirà alguno de los que las presentes lean. Así es en efecto; pero hay que tomar en cuenta que los personajes desde su entrada en ó su presentaciòn *supra-scena* aparecìan ebrios ¡completamente ebrios!....De amor serìa; pero del hecho enunciado no rebajo un céntimo. Así se explica que Edgardo después de enunciar el *Che m' infrena*....con

apasionado acento, como es propio de quien se esfuerza en no dar bridas á su cólera, saltara al modo *leggero* sin transiciòn alguna, escandalizando el oìdo con la discordancia que resulta de la diferencia de melodía, atacando con motto: "*Bella figlía del amoo. .re!*"

Si será para desconcertar á cualquiera, encontrarse en mitad de un periodo que se redondea laboriosamente en las tenebrosidades del intelecto, con Gilda en el pescuezo, el Duque en el antebrazo izquierdo y *Sparafusile* cabe la pluma y por ende, sobre la composición misma—y eso al mismo tiempo que un tejazo le avería á Ud. el sincipucio y una vara se le clava en un muslo! Ahí es nada lo de poner en cobro la nariz amenazada por la *sorella* del *bravo* á zarpa limpia! Y tener de cantar Ud., para recordar á la idem como contralto, su parte: *Il suo jocco so apprezar*....!

Hace poco—mientras corregía pruebas—*recien corregía*, como dicen en la Argentina—observaba ciertos saltos de adelante hacia atras en la hilación, en no sé cual de los trabajos á los que me vengo refiriendo: algunas cesuras en las ideas se me hacian así mismo manifiestas, amen de otros mas leves defectos—y yo decía para mi coleto: ah! ya: esto fué cuando descubrí el centípedo viajando á lo largo de la manga de la camisa, con rumbo á mi cuello: esto es de aquella tarde en que tuve que cambiar de sitio à la mesa como cuatro ò cinco veces, para descubrir, con el desaliento consiguiente, que la gotera Nº 3 no era menor que là del Nº 1, ni el diámetro del chorro del Nº 2 tenía mas extensión que el del Nº 5. &.

Mas de una vez me encontró Ambrogi en batal campalla....ta! ta! ta! en campal batalla con los insectos florífagos que despues de asolar mi jardinillo, procuraban devorarme *en nature*—vulgo: crudo. Las enormes hormigas me obligaban à bailar *tarantelas* vertiginosas y á soltar tacos de sonido horrendo. Considerables eran los destrozos que yo hacìa en sus filas; pero su nùmero era como el de los tontos—entre los cuales figuran mis enemigos—infinito.

Mi estudio estaba situado entre dos patios del solar ocupado por el inmueble, en una *media-agua*, como la llamaría el dueño de aquel: aunque á juzgar por la que me cayó encima mientras la di tal uso, deberìa llamarla siete octavos de agua. La puerta de la calle permanecía cerrada por varias razones: siendo la primera y principal, que entre las costumbres del pais que no admito ni admitiré jamás figura—y bien tristemente á mi ver—la de exhibir la vida íntima del *vecino* á la curiosidad de los papanatas. En eso soy tan inglés como el que mas: de resto, en muchas cosas lo soy.

De esto provenía que en ocasiones suspendia el trabajo para decirme: apuesto á que el carpintero de la esquina esta en el periodo de la reacción y se apresura á concluir una obra para recobrar el equilibrio....

Pan! Pan! Pan! sonaba el mazo ó el martillo: Pan! Pan! Pan! Pan!....Y no era pan lo que en mi idea quería, sinó....*lo otro*......y agregaba por lo bajo: *frappe! je t' en casse!*

Pero Gemela, á las primeras de cambio enderezaba las orejas y profería un expresivo: *grrrrrrrr juf y guay guays* vibrantes y repetidos.

¡Eh! ¿Como que tocan en la puerta?

Pan! Pan! Pan!

Y la fàmula se dirijìa allá volviendo al rato à anunciarme la visita de un *Señor extranjero.*

Es alguien—pensaba yo—que me trae una carta de Mr. de Giers ó de Lord Salisbury! Y me disponía á recibir al enviado extraordinario con los honores debidos.

Mi sujeto ciertamente llevaba papeles en la mano; pero no eran misivas diplomáticas, sinó......cuentas.

"No me molestaría la casa—decía—sinó fuera que tenìa de pagar fuertes derechos de aduana, impuestos Municipales de cifra empinada y....y......"

Ya! ya! pero el caso es, replicaba yo que á menos que Ud. admita documentos de crédito contra el Estado—como recibos á cargo de la Tesorería....? La suma es regular......

Imposible! me decía, Ud. sabe demasiado bien que el Estado es ingenuamente tramposo.... me darían con la puerta en las narices.

Oh no! Eso lo harían conmigo; pero no con Ud., no es Ud. extranjero?

Sí.

Pues bien, sinó le pagan á Ud., bombardea al Ministro de Hacienda.

Yo?

Oh! Ud. ó un almirante de su nacionalidad: da lo mismo con guitarra que con violín.... digo, uno que otro.

Pero caballero, me dijo uno de tantos, eso en mi caso es imposible de toda imposibilidad!

Por qué?

Porque soy Suizo!

La razón me cortó el aliento pues como buena.... *lo era* y sobrado. Ocurría que en esa época eran frecuentes los cambios de personal en la cartera aludida y que cada nuevo Colbert, apenas instalado en el puesto, *inventaba, appretatus intellectus discurrit*, que no pagando lo que les correspondía á los servidores de la Nación, se aumentaba la cantidad que debía derrocharse en empresas inútiles á la par de costosas: con lo que se lograban dos resultados de mérito distinto, viz: por una parte los empleados no podían atender á sus ocupaciones oficiales; llena como tenían la mente con la idea de buscar arbitrios para pagar su camino y mantener la unidad de cuerpo y alma necesaria á la vida, y las casas de préstamos y los agiotistas de baja y alta estofa hacían su Agosto—por la otra, el comercio de papeles prosperaba, ya que llegaban á ser realizables *apenas cambiaban de manos!*

De esto provenía—hablo del asunto del último párrafo—que apenas el carpintero de marras empezaba á aporrear algo en su taller—por lo que pudiera tronar—bosquejaba rápidamente un plan laborioso de bombardeo: cuyo objetivo era el magnate que mediante un acto inconsiderado, me ponía en apuros: plan que siempre ostentaba una nota al pié, en la que podía lèerse en bonita letra

inglesa:—*Mem:* Sin efecto si entran suizos en juego!—¿ó bolivianos?— Esto último lo agregué á punto de capciosidad.

Justicia remunerativa, nada más que justicia, habría sido que entre proyectiles Armstrong, Krupp, Bange Grusson. .hubiera hecho *mi* Ministro una transfiguración *en detalle* para ejemplo de los de su clase y lección objetiva de los que, en lo porvenir, se sientan con ánimo y con talento para ejecutar sinfonías de piano á la Thalberg, en los *conciertos* de la cosa pública.

Bastante me he extendido, según lo entiendo, para hacer excusar el desaliño que se observe aquí y allá en los cuatro componentes principales de esta obra: al observar algo que no haga consonante con lo que el lector espera de mí, llene el blanco con un roedor, atiforre el hiato con aracnidos y cucarachas, ó corrija el defecto con una lluvia de gatos—introduciendo de *cuando en cuando*, entre dos párrafos, la figura siniestra de un inglés que *contra natura se obstina* en no bombardear al Secretario de Haciendo el Descrédito Público. Haga de cuenta que habita una casa destartalada y vieja y húmeda y fea. . .en fin, póngase de parte del autor: que harto hizo con no desanimarse en circunstancias en las que otros solo habrían hallado, en su vida, asunto para interminables jeremiadas ó elegias á la Young.

El primer artículo es fruto de las *primeras* impresiones del palacio ya dicho:—por eso el asunto escogido es sangriento sin vuelta de hoja De él en lo general puede decirse, si la forma que reviste no merece el beneplácito general, que *no es verso; pero es verdad.*

Siento haberme metido con los poderosos al perjeñar su texto: lo siento por *ellos* mucho y un poquillo también por mí. Por ellos, por lo que ajará su amor propio verse sin más ni más en berlina y por mí, porque los aludidos son por lo general muy brutos y me pueden hacer brincar: como encuentren ocasión propicia.

En cuanto á los barberos en quienes reconozco prendas de muy relevante mérito, espero no se ofenderán con-

migo, porque uno de los del gremio me haya servido de *sujeto.* Me importa poco que un cacique con rango de Presidente me cobre *una poca* ojeriza (no mucha eh? pues cuidado que usan de procedimientos.... expeditivos, en ocasiones); pero sí tomo á empeño tener propicio á los menestrales que con un simple movimiento *suavitur in modo: fortitur in re* brr! me puede descabezar.

Hasta aquí el lector no ve á qué entraron ni por donde salen los Vones y tutti cuanti. A nada, ni salen por parte alguna, digo—ó más bien quise decir, que si Von Hohenlohe etc., etc., me conocieran y supieran que escribo—como me estimaran en algo, no les pasaría que publicara un libro grande ó pequeño, sin prólogo y—por lo que pueda tronar—ahí va éste.

S. J. C.

De Orden Suprema.

A Efraim Vásquez Guarda.

Santiago de Chile.

Qué sería de los gobernantes de la América Española si se atuvieran á los sentimientos de equidad ó á las ideas de justicia de los pueblos cuyos destinos rigen, para obtener el veredicto que merecen de los últimos los actos de los que se hacen responsables en el curso de sus respectivas administraciones? Improba tarea es la de convencer á multitudes en su mayor parte ignorantes, de los beneficios que las advienen, mediante el uso y aun el abuso de una autoridad paternal, templada por la conveniencia del que la ejerce. El comerciante, el agricultor, el artesano y el jornalero, no comprenden, ni pueden comprender que bien alguno resulte, ni á la corta ni á la larga, de la absorción de los caudales públicos por parte de quien empuña las riendas del Gobierno por la Gracia de Dios y la voluntad de los *remington*: no admiten, ni pueden admitir, que los pingües gajes de los que, en la forma especiosa de contratas, subsidios, gratificaciones y de otros modos, disfrutan los favoritos, los parientes, los allegados y las *queridas* del Primer Magistrado de la Nación, hagan á esta adelantar un paso en la *vía del progreso*, [estilo de periodista] ni convienen en que, vapuleando, fusilando, ó vejando á los ciudadanos con pretextos varios, se asegure la consecución de los fines de la sociedad.

Y, sin embargo, así es. La prueba es que así lo dicen los periódicos oficiales, semi-oficiales y oficiosos, los que naturalmente, no pueden mentir. Acaso no están en letra de molde?

Cuando los unos se quejan de que el dinero escasea y de que, por ende, los artefactos que importan son de lenta y difícil salida, es obvio que hablan sin reflexión. No se hacen cargo de que si el *vil metal* abundara todos seríamos rentistas? Y entonces quiero que me digan, pecador de mi, quien les tendría de hacer las levitas, los pantalones, los zapatos, quien les ahormaría los sombreros, les lavaría y plancharía la ropa blanca, atendería á sus caballos y coches, les asistiría á la mesa y les prestaría cien servicios más, cuya obtención solo es asequible mediante la escasez relativa ó absoluta, de lo mismo que echan de menos?

Pues los otros no proceden mas cuerdamente al fatigar los ecos con lamentaciones ruidosas acerca de la falta de trabajo, productor de jornales. Sin perjuicio de que el exceso de labores sea perjudicial al sistema, mediante el desgaste continuo de los tejidos, á qué conducen salarios crecidos y frecuentes, sino á facilitar oportunidades de gastos irracionales? A comer más y mejor y aun con intermitencias cada vez mas breves: aumentando con eso la masa del tejido adiposo, para no hablar de las indigestiones que son el corolario obligado de las comilonas y de los cólicos y pituitas que las preceden, acompañan ó siguen. Es cosa averiguada que el hambre, ó sea la gana de comer crónica, no satisfecha, aguza el intelecto sobrexcitando la imaginación. Si Cervantes no hubiera experimentado los efectos de una gazuza perseverante, no hu-

biera escrito La Galatea, ni Pérsiles y Segismundo ni el Quijote, ni se hubiera muerto, tan luego y.... es bueno que se haya muerto, porque sinó como podríamos saber que sus obras fueron buenas en general y que la última, en particular, es una obra maestra?

Nuestras clases populares son muy poco avisadas: no saben sacar partido de las circunstancias. Pongamos el caso de un carpintero--puede ser albañil ó sastre,–sin trabajo. Que sufre hambre? Magnífico! En el acto sus facultades mentales se avivan. Pues bien, en lugar de ir de un lado para otro deplorando su desgracia, porqué no se sienta a su mesa y escribe de un tirón ó de muchos tirones, un tratado sobre Numismática...un poema..ó...una disertación acerca de la naturaleza y tendencias del estudio de los microbios y de su aplicación á los fines de la terapéutica? Si lo hace mal, no importa: y si por chiripa le sale la cosa bien, no tiene más que morirse y está aviado: la inmortalidad abre para él sus puertas y no así como se quiera, sinó á dos batientes!

Siguiendo con mi tema, lo que es por mí, yo siempre he tenido á los presidentes *"por la gracia de Dios y la voluntad de los . . . remington"* como benefactores de la especie humana. Cierto es que bajo su absorbente régimen, los pueblos se ponen flacos, escuetos . . . hasta canijos; pero en compensación, qué inteligentes se vuelven!

Nada! Digan lo que quieran otros, yo estoy por los tiranos ¡Vivan los tiranos! Y les aprecio tanto, que, como yo pudiera, no permitiría que les cayera polvo: encima: les mantendría en alcohol.

S. E. . . . en la época del presente relato, no

daba espacio para que le juzgaran sus gobernados sino como él lo entendía: los que tenían ideales muy elevados y no querían por lo tanto subordinar el propio criterio al de aquel, en lo relativo á apreciar la política seguida por su Gobierno, eran libres . . . . de no hablar. La improbación del silencio, á la que conceden ciertos filósofos tanto peso, no preocupaba, ni poco ni mucho, al arbitro de nuestros destinos: bien podía medio mundo pensar lo que les viniera en mientes, con tal de no dar á sus cavilaciones forma alguna. A tal respecto, había, entre gobernante y pueblo, algo así como un acuerdo tácito: una *entente* completa, ya que no *cordiale*. Acuerdo ó *entente* cuyas infracciones se encargaba de arreglar la Policía, provista, de órdenes de una latitud, por decirlo así, descompasada.

Los que no conformándose con ese *modus vivendi* se lanzaban á aventuras cuyo objetivo era un trastorno de *la situación*, eran aprisionados, juzgados y casi invariablemente, condenados á muerte: aunque la pena, en la mayor parte de los casos era conmutable con . . . dinero. A los pobres diablos, después de ponerles *en capilla* por tiempo más ó menos largo, se les ponía en libertad, incondicionalmente: con lo que el *ser necesario* de la época adquiría fama de generoso y de humano.

Y lo era. Solo que por una aberración inexplicable, los indultados, á los pocos días—á veces lunas—se empeñaban en morirse...y se morían. Una mañana de tantas—en ocasiones *eso* acaecía de tarde, ó de noche—sus deudos les encontraban tiesos, víctimas de una indigestión de plomo. De ellos—

de los muertos—era la culpa: quien les mandaba absorber aquel metal con tanta violencia que les agujereara la piel, á punto de que por las troneras se les fuera no solo el fluido vital, sinó los principios políticos, religiosos y sociales que sustentaban?

No sabré decir si S. E. era lo que llaman por ahí un *providencista*: cualesquiera que fueran sus ideas en lo relativo á un ser supremo—mas supremo *aun* que él—se las guardaba cuidadosamente, no tanto por temor de que de externarlas se le siguiera perjuicio, como por creerlas inadecuadas á los fines que perseguía: pero sí estoy sierto de que aplicaba, en política, las máximas de Smiles. Tenía fé en el esfuerzo propio—ó, en otras palabras, *se ayudaba así mismo*. Oh, por supuesto que tenia ministros, subsecretarios, directores generales, administradores . . . . todo el *bataclán* la expresión es franco-chinesca] de un gobierno regularmente constituido; pero tenia bien cogidos por medio de lazos inculpables á los hombres de quienes se rodeaba y en todo y por todo, desde lo mas trivial hasta lo de mas trascendencia, hacía transparentarse ó manifestarse francamente, á su arbitrio, su absorbente personalidad, en forma que, en vez de ser el maniquí de sus colaboradores, en la faena político-administrativa, aquellos eran en sus manos dóciles *fantoches*.

No había en su tiempo, como no le hay hoy, Miministerio de Policía; pero había un espionaje en tal forma organizado, que los actos más inofensivos de los ciudadanos, sus debilidades, sus faltas delitos ó crímenes, por muy encubiertos que fueran, llegaban al conocimiento del mandatario por diversos

conductos, siendo inscritos en una forma ó en otra, para referencia futura.

Cuando esos actos afectaban seriamente la marcha, tal cual de bonancible, del país, de modo á comprometer, al mismo tiempo, la piel del autócrata . . . era cuando entraba la aplicación inexorable de los principios del "*Self Help*". Entonces, el magnate solía celebrar breves conferencias con el Coronel Abarca, bravo soldado á quien me permito presentar al lector,—*en acción*, pasando por encima de sus generales de ley, que en el asunto significan poco. Baste decir que era un hombre de modales blandos á la vez que de una ferocidad . . oficial, sin ejemplo aun en los países en los que la ferocidad es de abolengo.

Para él como para los esbirros orientales "oir era obedecer" y á la menor insinuación del superior, arrestaba, engrillaba, vapuleaba ó fusilaba, *concienzudamente*, sin ocurrírsele jamás solicitar *órdenes escritas*. Mozo aun, al alistarse en las filas del ejército, le habían dicho para su gobierno "La fuerza pública no delibera sobre las armas" y se dió por notificado. Jamas deliberaba. Instrumento precioso en manos de reyes sin corona . . . qué otra cosa son los mandones en Hispano-América? se le trasmitían unos á otros cuando una *gorda* extemporánea, no interrumpía la sucesión al trono. Y el buen hombre no tenía conciencia de su valor: él obraba porque le ordenaban que lo hiciera y una vez que el Superior le decía, está bien!, no aspiraba á recompensa alguna. El sueldo de su grado y los honores que le correspondían conforme á ordenanza, eran todo cuanto se creía en derecho de exigir, ó, mas bien, solicitar.

En cierta ocasión—y aquí da verdadero principio esta historia—fué llamado con urgencia al palacio de S. E., donde tuvo un parlamento con aquel, cuya sustancia habría podido ser extendida por un micrógrafo, en el espacio de papel que ocupar puede una ala de mosca.

Coronel Abarca, vaya Ud. sin tardanza al Castaño que Ud. conoce bien y, sin mas trámite que el de la identificación del individuo, pase Ud. por las armas al llamado Juan Bardales—Ud. sabe quién es?

Si señor!

Muy bien pues, nada tengo que agregar.

"Con el permiso de Ud., señor". Dijo y haciendo el saludo militar, se retiró de la presencia augusta, haciendo lo que por entonces se llamaba *doble derecha, deré*.

Todo eso, pensará el lector es pura fantasía.

Todo eso, lector querido es pura historia, replico yó, agregando que el predestinado Bardales era pariente por afinidad de nuestro bizarro, á la vez que sumiso, Coronel.

Un cuarto de hora más tarde, á la cabeza de veinte y cinco hombres—en traje de fatiga y marchando en orden de camino— el ejecutor de altas obras de S. E. emprendía sosegadamente el camino de El Castaño.

II

La prometida víctima de S. E. no era ninguna entidad, como pudiera creerse por el hecho de fijar la atención y atraerse las iras del Todo-Poderoso del día. Bardales no pasaba de ser un po-

bre diablo obligado á ganarse el sustento por medio de un trabajo manual perseverante. Su haber consistía en unas cuantas aranzadas de tierra de mediana calidad, en las que, bien que mal, cultivaba los cereales menos exigentes y las verduras más acomodaticias. Una vaca de leche, algunos cerdos y cantidad no bien determinada de aves de corral, constituían el complemento de su riqueza. Así y todo, pasaba una vida, ya que no absolutamente exenta de cuidados, por lo menos, de relativa tranquilidad. Ni mejor ni peor que la generalidad de sus vecinos, si sus cualidades mal podían darle influencia apreciable en el ánimo de aquellos, tampoco había en sus defectos material para conciliarle enemistades intransigentes. Y con todo, sin poner nada de su parte, un colindante suyo le había cobrado ojeriza . . . porque sí. La razón es como de niño; pero en el fondo no había otra: a menos que la envidia de una prosperidad de manifestaciones microscópicas, explicara la cosa. Si aquella pasión de ánimo hubiera permanecido en estado latente, poco ó nada habría significado para Juan, quien, después de dos ó tres tentativas de conciliación, fracasadas, se resignó á dejarse aborrecer, seguro de sobrevivir á la pérdida de una voluntad que aun en las mejores condiciones, jamás habría sido factor de su bienestar físico ó moral: como que su enemigo, además de pobre, era un tanto holgazán, ignorante más allá de lo permisible y en fin de cuentas, se hallaba en todo sentido, en un nivel social inferior al suyo propio: por más que este fuera bien modesto.

En eso Bardales no razonaba bien. Cuando se vive en el campo, nada es tan necesario como

ponerse en guardia contra los efectos de los odios, sin causa, de un campesino. Ese afecto suele asumir formas prácticas, invariablemente ruinosas. para quien es objeto de él.

Sus cercas, de las que cuidaba con esmero por atender á la defensa de los plantios. exhibían periodicamente portillos de factura inexplicable: pero que, con serlo y todo, daban acceso en su predio á los puercos vagabundos del contorno: el ronzal de su vaquita—de la mansedumbre de un cordero, aperecia, en ocasiones, misteriosamente roto, con lo que el animal se hallaba en libertad de refocilarse en la sementera del maíz. Luego adivino que dos ó tres veces. se vió en apuros para dominar otros tantos amagos de incendio. Los monicacos destinados á llenar de terror á las aves depredadoras de los granos, se marchaban á la francesa y sus perros morian de enfermedades fulminantes.

Algo llegó Juan á sospechar, en vista de la no interrumpida sucesión de *accidentes* de que su propiedad era teatro, de su vecino y *quondam* amigo; pero qué pruebas podía el aducir para enrrostrarle con aquellos?

Sometido el caso al criterio de sus relacionados, tuvo que oirse dar consejos que, considerados como remedios, eran peores que la dolencia. *Matálo hombré*, le dijo uno de tantos. con inequívoca franqueza.

Yo que vos lo macheteaba: le dijo otro, que tampoco tenía pelos en la lengua.

La persecución duraba ya meses y el pobre mozo se daba literalmente al demonio, viéndose impotente para contrarrestar el encarnizamiento de su malqueriente, cuando cesó tan misteriosamente co-

mo había comenzado y cesó bien á tiempo: pues en modo insensible, se iba inclinando á aceptar—con modificaciones determinadas por su temperamento, los consejos que le propinaron, los de su círculo.

Cesaron, porque el otro, que leía medianamente y escribía peor, ya de *motu proprio* ya fuera á sugestión agena, había perjeñado una carta, con ortografía espeluznante, sintáxis atroz y en estilo . . . bestial y aguardaba el resultado de su ensayo epistolar.

La carta iba dirijida á la ciudad y á personaje colocado bastante alto—Lo que es llamarle influyente.

Por ese tiempo, algunos opositores de la Administración se disponían á dar un golpecito de estado, ansiosos como estaban de hacer dar una voltereta á S. E. Lo que no podía ignorar S. E. puesto que algunos de los conjurados, pertenecían á la Policía secreta. Agentes activos recorrían los departamentos: provistos de dinero y de recomendaciones eficaces, se esforzaban en propagar el espíritu de insurección, en acopiar fondos y en recoger cuantas armas nacionales ó de particulares se hallaban diseminadas en fincas, haciendas, ingenios y caseríos . . . Algunos de ellos habían tocado con vecinos de las inmediaciones del Castaño ya que no en El Castaño mismo.

Y la carta en referencia hacía mención de la circunstancia; pero en forma que aparecía Bardales como el subagente de los Agentes ya citados, agregando su autor, que, en punto cuidadosamente designado, se encontraba enterrado un depósito de fusiles, pistolas y otros adminículos de la política militante. Y esto era cierto. En terreno de Juan una mano insidiosa sepultó una escopeta de caza—

de chispa—una pistola sin gato, una bayoneta sin punta y unos cuantos cartuchos de los de la época de *la carga en once voces*.

Todos esos chismes podían haber provenido de la habilidad de manos del vecino de Juan:-habilidad ejercida mientras el dueño, ó dueños, de aquellos, tenían las espaldas vueltas ó no se hallaban en casa. En todo caso cierto inspector de hacienda, bajo pretexto de la denuncia de un contrabando de aguardiente, que, según él, se hacía en el río que pasaba en mitad del predio de la prometida víctima de S. E. hizo practicar un registro en el lugar que indicaba el parto literario del campesino, extrajo de él el *armamento* y fué á dar cuenta con este á quien correspondía. Lo cual tuvo lugar en ocasión en que se hallaba ausente el sindicado: quién en unión de su mujer y de una niña como de once años, se hallaba en la ciudad; dejando el fundo y sus componentes, al cuidado de un chicuelo de lustro y medio escasos: el cual entretenido en cazar lagartos, no se enteró, ni de la llegada de la escolta, ni de las operaciones á las que se entregó.

III

Con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyando el hombro en el quicio de la puerta de la humilde residencia á la que él llamaba—no sin usar inconscientemente de una hipérbole audaz, *su casa*, Bardales seguía de hito en hito las fases de la silenciosa lucha que en el Oriente se libraban en bien temprana hora, la noche que declinaba, el día á punto de alborear. La quebrada en cuyo fondo corría el arroyo al que se daba, en el contorno, la pomposa designación de *río*, se hallaba velada por nieblas sutiles que desprendiéndose de la faz de las linfas, se elevaban en lo alto, retorciendo perezosamente la impalpable trama de sus lienzos, en torno de los troncos de los árboles, desgarrándose en las frondas, como incapaces de resistir las sacudidas que comunicaba al ramaje la brisa matinal. Ancho trecho de gris de acero entre nubes plomizas de nimbo

ondulado, formaban el pórtico por el cual, al cabo de mutaciones de colores cada vez más vivos, cada vez más ardientes, debía surjir triunfante, la gloriosa esfera del Sol.

Más allá de la diminuta corriente de agua, el terreno ascendía bruscamente, formando colinas espaciadas y dispuestas á guisa de gigantescos escalones—y la cresta desigual y prolongada de la última, envuelta en brumas, parece perderse en el cielo. La actividad de aquellas, al parecer, no ha sido óbice para su cultivo ya que aun en el claro oscuro dominante, podìan percibirse lineas de trazo regular cuyos puntos eran constituidos por cañas de azucar y tallos de maíz los que teniendo su punto de partida en su base, concluían en la cima. Evidentemente ninguna pareja de bueyes pudiera haber contribuido á labrar las ásperas laderas en las que la estaca y la macana diligentemente usadas, suplieron la falta forzada de tan útiles auxiliares. Aquellos plantíos, fueran de lo que fueran, significaban una suma de esfuerzos que bien pudiera haber enorgullecido á Juan: como que en algunos puntos de los montes en referencia, para poder depositar la simiente en los huecos formados á fuerza de brazos, había tenido que hacer equilibrios que, vistos por una mosca, la hubieran llenado de envidia. Ciertamente, el resultado de su industria no guardaría proporción con el derroche de energía necesario para ejercer aquella. La tierra era blanca, arcillosa, abundante en piedras....reunía en una palabra todas las condiciones requeridas..para burlar los afanes de quien la arañaba sin piedad la faz. *Ainda màs*, como la barranca, de la cual el predio de Bardales era parte alicuanta, se prolongaba de Sur á Norte, cuando el Bóreas hinchaba los carrillos y se ponía á silbar los aires de su repertorio, ó el Austro....inclemente, se desataba en aquel estrecho espacio, la mitad de los productos posibles de las sementeras, se hacía absolutamente improbable. Lo cual no rezaba con la caña de azucar: única planta que, cuando mas es abatida, más prospera ... Digo, seran de *caña* los políticos? Luego--ya que entramos en el capítulo de las contrariedades del pobre labrador, hay que

agregar la acciòn maleante de los aguaceros copiosos que de cuando en vez y de vez en cuando, segregaban de las alturas toneladas de materiales, entre los que se confundían pies de maíz y haces de cañas y aun árboles cargados de flores ó de fruto.

Así y todo, de lo que restaba--y que había que disputar á cotorras y pericos, urracas y otros seres alados igualmente famélicos, nuestro hombre sacaba su subsistencia. Por supuesto que sus *entradas* no le daban para carruaje ni para tener abono de palco en la temporada de Opera; pero eso nada significaba para quien toda la vida anduvo à pié y que no sabía qué clase de animal es la Opera y cómo ni con qué se come. Voilá!

Creeran mis lectores que Juan se había levantado temprano para contemplar el màgico espectáculo que ofrece la Aurora en un cielo tropical y escuchar embebido, el sublime concierto con el que la gente alada saluda, cada mañana, el advento del luminar que "lanza de su frente el día".... Y se equivocan. Lo que le trajo à la puerta de marras y más que á paso, fué un tumultuoso y temerario asalto que le dieron las pulgas, animalitos sanguífagos, si los hay. Una salida de sol tendrá y tiene, atractivos singulares para el ciudadano, poco habituado á tal exhibición, en razón de lo mucho que se adhiere al lecho; pero para *il contadino* que desde muy temprano en la vida, haciendo de la necesidad virtud, ha madrugado con la oropéndola ó el azulejo, la cosa no pasar de ser un lugar común en el lenguaje de la naturaleza.

En el instante de presentar al mío—á mi *contadino* y lo pongo en italiano por que es mas bonito, las aves más ó menos canoras afinaban las cuerdas bucales ensayando sus trinos, arpegios, fugas è *tulti cuanti*, sotto voce á fin de no hacer una barrabasada al comenzar la ejecución de la *ópera* del día.... *Matinée* debiera llamarla, aunque día *non fa male.*

Dicho se está, que ni los zopes (*coragipo aura*) ni las *viudas* (*Aura catarta*) tomaban parte en la función

por razones suficientes, siendo la primera que esos pajarotes no son canoros.

Los artistas, repito, se preparaban; pero Juan, que por una parte, no era melómano y que, por la otra, se hallaba preocupado, maldita la atención que prestaba á sus esfuerzos. Insólita tristeza se había apoderado de pronto de su ánimo y en tal forma le absorvía, que se devanaba ... los sesos buscando hasta en los más oscuros escondrijos de su intelecto, la razón de un afecto que solo contadas veces había perturbado la tranquilidad de su vulgar existencia.

Sus asuntos no iban mal—según él lo entendía—medianas cosechas retiraría de su fundo: bien le constaba; pero que así y todo serían suficientes para cubrir sus necesidades, así como las de su diminuto mundo, que disfrutaba en lo colectivo y en lo individual, de una salud inmejorable. Su tiempo de servicio militar había expirado hacía meses y que él supiera, no había guerra que temer por algún tiempo: había satisfecho sin aguardar segundo requerimiento, el fondo de caminos; no debía muerte, ni se había hecho reo de abigeato, incendio, hurto, robo, ú otro delito. Qué tenía que temer por lo tanto?

Recuérdese que él ignoraba que una infamia le había elevado, de sopetón, á la categoría de entidad política y esa ignorancia explica que de las causales entre las que bregaba por hallar "estaca para colgar" su melancolía, la que nunca se le ocurrió era la que mediante un fenómeno que renuncio á explicar, le habría dado la clave de la cifra que embrollaba su mente. Entre tanto, seguía, con ojo atento, las trasformaciones ... escénicas que el Sol á punto de surgir de los abismos del éter, producía en el horizonte del Este, menos conmovido por lo bello del espectáculo, que cediendo á la idea de conexionar el aumento gradual de la luz, con la disminución insensible de *algo que*, ó formaba parte de su ser, ó era ese mismo ser. Sí.... *algo*.. pero qué..? Una inteligencia ejercitada habría hallado pronto, nombre, para aquel malestar que, en desusado modo, introducía la perturbación en el individuo

al que pertenecía; pero la de mi hombre era de una rusticidad apropiada à sus circunstancias y por lo mismo solo podía inducirle á pensar: estoy triste; qué me irá à suceder?

Salió al fin el sol: emergió del azul del infinito, enmedio de un rompimiento de gloria de mayor mérito artístico—pueden Uds creerme bajo mi palabra—que los así llamados en el escenario del teatro de S. Salvador: salió mas orondo y más—oh mucho más—bello que un presidente de república hispano-americana, cuando se echa á la calle entre edecanes y polizontes; aserción que motejarán de fabulosa los cortesanos y los diputados *de cada año*, en razón de que el *astro rey* no puede conceder ascensos, aumentar sueldos, ni repartir destinos; pero aserción fundada en la verdad, á pesar de todo. Bien comprendo que estoy estampando una herejía de marca mayor desde el punto de vista de los parásitos del presupuesto, según los cuales, un gobernante es lo más bello que ha salido de manos del Creadr; pero qué hacerle? Acostumbrado á juzgar según el testimonio de mis sentidos, no solo admito la existencia de mandones feos, sinó que tengo la frescura de decirlo á gritos. Qué no me darán destinos en castigo de mi osadía? Pues bien.....me quedaré sin ellos Qué me procurarán daños ingentes? Mayor que el de tenerme como subordinado suyo, dificilmente me le podrán hacer, á menos que me fusilen ó me hagan asesinar. Y con eso qué ganarían?

Hubo en Colombia, un tiempo, un presidente honrado .. por Dios que esta no és una paradoja—de quien sus mismos enemigos no hallaban mal que decir—pues, con fundamento: ya que siendo,como era, liberal, como *tal* debía ser tenido por malo por los conservadores. Qué de extraño tiene eso? Y bien, á pesar de ser bueno, no era nada bonito y el pueblo que en asuntos de plástica no suele equivocarse....demasiado, á la muerte del magnate, ocurrida á mediados, ó hacia fines de su período, compuso los siguientes versos:

La mano del tiempo airada
que todo lo desvirtúa,

Acabó con *tus hechizos*,
Francisco Javier Zaldúa.

Lo que prueba que, de hecho, hay presidentes feos. También hay presidente monstruos. En cuanto á estos ... Paro aquí, por temor de descarrilar.

Era la hora—sigo con Bardales—de ordeñar la vaquilla, cosa que hubo necesidad de que la señora María, su mujer,—le recordara á mi hombre: por manera que dejando su lúgubre *réverie* para más tarde, se dirigió al corral no distante, en disposición de escamotear al becerrillo, un buen porqué del nutritivo fluido almacenado en las mamas de su respetable pariente, mientras en el caidizo de varas y paja, adosado á la casa, á la parte de atrás, la patrona hacía los aprestos indispensables para el desayuno de la familia. La operación en sí--hablo de la que ocupaba á la señora María, no tenía nada de complicada: pero tendían á hacerla difícil, las acometidas de varias manadas de pollos, los que bajo la custodia de las respectivas *mamás*, intentaban reducir el pan á su ínfima expresión y en su ansia, volcaban, aquí un cazo conteniendo grasa de puerco, allá al vaso en que se cocía el café, más lejos rompían piezas de la vajilla de legítimo..barro y hacían, en suma, diabluras que desorganizaban el servicio. Menos mal si fueran solos los bípedos emplumados en aquella nociva tarea; pero tenían por colaboradores expontáneos una lechona algo escueta y cosa de diez lechoncillos tan industriosos, en lo de hacer perjuicios. como el más pintado de los vándalos de pico y alas. Las agresiones de unos y otros, como era de esperarse, determinaron á la larga, un *casus fœderis* preconcertado entre los racionales, quienes, armándose de garrotes y piedras, resistían con vigor las embestidas de los asaltantes y aun cargaban sobre estos con tan irresistible empuje, que les obligaban á huir en bochornoso tropel. Por supuesto que en los *partes* de las acciones, aseveraban haberse retirado *en orden*, como *es de uso*....Cristo! qué estoy diciendo? Pase lo dicho por

error de imprenta y téngase, por lo tanto, como *"nulo y de ningún valor."*

En el curso del tiempo, la familia se desayunò y la señora María recogiendo los cacharros se dispuso á lavarlos con no menos esmero que si se tratara de un jnego de porcelana de Sevres: mientras que Juan enyugaba su *mancuerna* y se disponía á ir á labrar cierto rincón del terreno en el que, en su idea, podría darse bien la yuca. Y ya acomòdaba al barzón el arado, cuando en la puerta que daba al camino carretero y que no distaba veinte pasos del patio escarbado á azada en la pendiente de la barranca, vió al través, de los huecos que entre sí dejaban las trancas de que estaba aquella formada, un piquete de soldados que evidentemente se disponía á penetrar en la finca.

Una leva! pensó el con desaliento. Adios mi trabajo! Y tendió una mirada de desesperación sobre las aclividades en las que, en la forma de rozas, sementeras y plantíos, estaban representaos los esfuerzos de meses atrás y sus esperanzas para un porvenir cercano.

IV.

Atando apresuradamente su yunta á un arbusto cercano por medio del barzón, de cuero trenzado sin curtir, se apresuró á salir al encuentro de los militares á quienes dió la bienvenida en idiomática forma, teniendo con este motivo, el placer de cerciorarse de que el gefe de la escolta era un amigo y, más que un amigo, un pariente.

Invitó pues á este à echar pié á tierra, le abrazó y le atarantó á preguntas respecto á todos y cada uno de los miembros de la familia y se empeñó en llevar, del diestro, la mula del Coronel, hasta colocarla en lo más sombrío de un grupo de árboles frutales no distante de la habitación, donde, después de quitarla el freno y de aflojarla la cincha la dió un buen pienso de yerba fresca.

En seguida, llamó á su mujer á la que hizo abrazar al Coronel, la ordenó preparara para éste el almuerzo, así como el de su gente, á la que condujó á punto apropósito

para empabellonar las armas, y, en suma, ejerció á conciencia, los deberes de la hospitalidad: en lo que acaso— qué sé yo? entraba el cálculo de conciliar el ánimo de sus huéspedes, á fin de que, en caso ocurrente, ó no le molestaran, ò le trataran con alguna consideración.

El jefe, por su parte, se mostró cariñoso y complacido por las atenciones que recibía y probablemente su vista de no privar á su deudo del placer de la sorpresa, se guardò, entre pecho y espalda, el objeto de su visita, encubriendo aquel por medio de la voz algo lata, en significado, de *Comisión.*

El placer que experimentaba Bardales con las *vistas* del bueno de Abarca era inequívoco, por más que la oportunidad de disfrutar de él estuviera contrabalanceado por la necesidad de perder un día entero y acaso más, en hacer los honores de la casa. Todo bien considerado, acaso Juan habría renunciado *generosamente* á las fruiciones que le prometía la presencia del militar, ya que aquellas eran adquiridas mediante un sacrificio de tiempo, que á su vez, implicaba el de una suma indeterminada de dinero: pero qué hacerle?

No había más que tener paciencia y barajar.

La señora María no era *un cordón bleu* ni mucho menos. Todo su arte, en asuntos de cocina, se reducía á freir y cocer las viandas y legumbres como Dios la daba á entender: así es que me tengo que privar del privilegio de poner de manifiesto el *menu* del banquete improvisado para delectación del pariente de su *viejo.* El lector, sin embargo, si es hombre de imaginación, puede suplir la omisióu sabiendo que huevos, frijoles y queso fueron los *platos* de la función gastronómica que el obsequiado aceptó y embauló con demostraciones de agradecimiento y—buen apetito, mientras su tropa recibía rancho de frijoles en caldo y tortillas de maíz.

Una taza de café *hervido* para el Coronel concluyó el festín. Interim la bebía á sorbos, Juan le hacía la corte dándole conversación, contándole las ocurrencias notables del vecindario, le narraba alguno que otro chascarrillos

no muy nuevos, riendo al llegar al chiste con mucha espontaneidad y trataba en fin, de que su huésped tuviera á la vez que sustento para el cuerpo, entretenimiento para el espíritu.

Y logró su objeto, puesto que Abarca sostuvo con eficacia su parte obligada en los diàlogos, pareció enterarse de lo relativo al caserío, con interès: oyó los cuentos con atenciòn y en el momento preciso, soltó carcajadas sonoras que revelaban, bien á las claras, que no era muy deficiente de fondo de humor cómico.

Apurado el brevaje y conclidas las *perras*, sin embargo, el jefe emitió una ligera tosida como si se dispusiera á cantar algún aire y dirigió la vista hacia el grupo de sus subordinados, quienes, aparentemente, hacía rato que habían concluido su refección. Como si aquella fuera una señal, al oír el jem! del superior el oficial sentado sobre un escabel á la sombra de un mango, se incorporó bruscamente y dió alguna orden rápida à la escuadra. En el acto, el sargento y los cabos abandonaron el lecho de hojas secas en el que descansaban de sus fatigas y dirigiéndose á los soldados exclamaron "A formar! ¡A formar!

Un instante después los veinte y cinco hombres en correcta formación presentaban una doble línea que hacía frente á la puerta del rancho en cuyo interior se celebraba el banquete al que ya me he referido.

Con el movimiento de la tropa concilió un cambio tan marcado y tan repentino en el juego de los músculos del semblante de Abarca, que su interlocutor no tuvo por menos de notarlo. La mueca amable que hacía rato desfiguraba las facciones del guerrero, había desparecido por completo, borrándose con tanta rapidez arruga tras arruga de las que, en los carrillos, en la comisura de los labios y en el ángulo externo de los ojos, había esbozado la hilaridad más ò menos genuina, que parecía mentira que la cara, seria hasta lo trágico que tenía delante, fuese la misma que durante hora y media había estado viendo.

El coronel se había puesto en pié con cierto aire solemne y miraba á Juan con una expresiòn tal, que el últi-

mo sintió helársele la sangre en las venas, mientras el córazón le latía tumultuosamente. Era fácil observar que el primero estaba turbado: ó más bien, que experimentaba vértigos febriles, pues las pupilas de sus ojos se dilataban, y contraían alternativamente, si bien con desiguales intermitencias y una palidez intensa sustituía, á intérvalos irregulares, en sus mejillas, la sufusiòn de rosado tinte que por instantes se extendìa en ellas. Abarca hacìa visibles esfuerzos por hablar......

Los que en las soledades que avecinan el Atlas ó en las densas espesuras que ocultan las estribaciones inferiores de los Vindyas han caído alguna vez bajo las zarpas del león ó del tigre, escapando à una muerte horrible mediante la intervenciòn de extraña agencia, deben tener visiones como las que en aquel instante hacía evaporarse el ánimo del infeliz labrador, cada vez que el recuerdo de la aventura acuda à su memoria. Sustituyendo la cabezota del bruto, cubierta de pelo corto, tupido, sedoso: las orejas cuasi redondas, inclinadas hacia atrás y las sanguinolentas fauces dilatadas por el rictus de la lascivia de la sangre, con una cabeza de..hombre ó más bien de un ser antropórmoto? provista de apéndices auriculares no movibles y una boca menos dilatable que la de los felinos; pero no menos hedionda en la expresión, no hay muy marcada diferencia en las situaciones. Ciertamente el coronel no apoyaba sobre el pecho de su deudo una manaza guarnecida de garfios de cuerno; pero tampoco necesitaba de ese recurso: como no habìa necesitado derribarle para hacerle sentir que se hallaba en el caso del ratón confrontado por el gato ó del corzo sorprendido por la pantera.

Un silencio profundo reinó en la casa y fuera de ella en los primeros momentos de la dramática escena que estoy esbozando. La tropa, obedeciendo más bien á las señales del oficial que á las voces técnicas apenas audibles que proferìa, alteró su primera formación y en el instante en que el jefe, con enunciación clara aunque laboriosa dijo á Bardales:

Hermano; vengo á fusilarte de orden Suprema." (*) formaba un cuadro cuyo cuarto lado era constituido por la pared que, en construcciones más sérias, llamaría la fachada.

No es dudoso que Bardales oyera la terrible sentencia de muerte que pronunció el hombre mismo con quien había estado compartiendo la sal. Cada palabra de la tremen la frase llegó á sus oídos, no obstante el farfulleo nervioso del ejecutor de Altas Obras de S. E., clara y distinta como una campanada, produciendo en él la sensación del atolondramiento, por más que su ánimo se hallara preparado para *todo*, por lo que leía en los *espejos del alma* de su huésped.

Si él hubiera sido personaje de novela, en aquel trance se habría preguntado si estaba soñando, ocurriendo á un procedimiento cualquiera para llegar á saber à que atenerse; pero no siendo sinó un pobre diablo de carne y hueso, desprovisto d' imaginación, ignorante—no siendo en resumen, más que un *nadie* hijo de nadie, lo que hizo fué buena y sencillamente entristecerse hasta derramar làgrimas, que no eran menos amargas, por correr en silencio á lo largo de sus carrillos.

Aun admitiendo que *algo* de ficticio hubiera en el personaje—[el verdadero protagonista] de este drama, ¿còmo echar á creación de la fantasía el escozor que le producìan los cordeles con los que le ligaba el sargento de la escolta los brazos, el ruido desapacible de los fusiles en el acto de ser terciados, el cambio brusco de frente que le hizo dar el que hacía de preboste y el envión mediante el cual el mismo sujeto le obligó á marchar hacia la puerta, y á salvar el dintel de esta, así como el modo nada blando con el que le ató á un poste retirado á tres pasos de distancia de la pared y á un lado de la entrada de la choza?

Por su gusto, Juan habrìa protestado contra tales procedimentos, habría pedido explicaciones, proclamado su inocencia, ensayado descubrir error en la designación de persona y de lugar, abjurado á su pariente en nombre de

(*) Histórico casi rigurosamente.

la antigua amistad y de los vínculos de sangre que les unìan, para que demorase la ejecución de las órdenes que se le habian comunicado, hasta tanto que se hiciera luz en tan tenebroso asunto: á fin de evitar á quien correspondiera, responsabilidad en un asesinato atroz, recargado por un abuso incalificable de autoridad—Pero....para qué? Habìa sido soldado y alguna vez formó parte de una *Comisión*, á las órdenes del mismo que debía privarle de la vida, sabiendo, por experiencia, que toda observación sería desatendida.

No era tan dejado de la mano de Dios, sin embargo, que no tratara de establecer para sí la causa de su desgracia y por lo tanto, pasó en revista su vida de desheredado de la Fortuna, hasta donde alcanzaban sus recuerdos, por via de justificar, á sus propios ojos, lo terrible del último acto de aquella y halló que si bien su conciencia no le exoneraba de falta en todas las instancias, ninguna de sus acciones, por vituperables que fueran desde el punto de vista de la moral, podia haberle colocado en situación de morir como un criminal. Porque en fin de cuentas los lunares que afeaban su pasado no eran de tanta monta. La sórdida pobreza que desde niño le obligó á un trabajo desproporcionado para sus fuerzas, con frecuencia le sugerió vagos deseos de cambiar de estado sin pararse en medios y hasta le impulsó á entregarse á labores que, aunque provechosas, distaban de ser inocentes. Sucesivamente había sido, á contar desde el día en que cumplió su segundo lustro, ayudante de esquilmador en una lechería, jornalero en una hacienda, peòn de albañil en las ciudades que màs frecuentó, carretero en los caminos nacionales, guardián ó *mesero* de explotaciones agricólas, contrabandista, soldado y propietario en bien diminuta escala: oficios y estados que habia desempeñado tal cual, si se exceptua el último, en el que, por tratarse de intereses propios y haberse echado encima la carga de una familia, tuvo que fijar sus cinco sentidos, asi como las potencias de su alma: pues con el advento del primer hijo que le dió su esposa, se esbozó ante él ese punto interrogante que de

tanta inquietud llena el alma de los padres de familia. . En suma, no creía merecer su destino y en esa persuasiòn habría muerto, si no se le hubiera ocurrido de pronto una duda que introdujo la perturbación más profunda y mas amarga en su espíritu. Si se hubiere equivocado al darse un veredicto absolutorio en aquel jurado en que él era el defensor al mismo tiempo que el reo y la conciencia desempeñaba las dobles funciones de fiscal y juez? ¡Si Dios en su sabiduría no admitiera faltas veniales y los hechos que él calificaba como insignificantes fuesen, à sus ojos, punibles en grado máximo. .!

Del examen íntimo á que se entregró Juan pasó sin transición á la consideración de su muerte en lo que afectaba à su familia—para la que aquella significaba la ruina y la miseria á breve plazo—con la secuela fatal del hambre, la mendicidad, ¿ vergüenza para sus hijas, el crimen para su hijo. . . . Y bien! Dios cuidaría de aquellos pobres seres á quienes su oscuridad no había podido poner á cubierto de la desgracia? El en su justicia no permitiría que la inocencia rodara por la pendiente del vicio ó que pusiera piés en la ciénaga horrible en cuyas sanguinolentas ondas chapotean los de la estirpe de Caín Recaiga sobre él exclusivamente la Excelsa Ira—purgue con una muerte cruel los errores de su vida—pero por lo menos que su sangre redima de todo mal á los inocentes!

Una consulta hecha por el oficial de la escolta al Deibler de galones, al Calcraft que sustituía la soga con armas de fuego, había suspendido momentáneamente la ejecución. Tan pocos segundo habían transcurrido desde que en los ojos de Abarca había visto Bardales fulgurar la siniestra llama que en los del tigre se dilata en el momento de destrozar un organismo viviente, hasta el instante en que, atado el segundo al poste, esperaba la descarga de los rifles de los ocho hombres designados para cumplir con la voluntad de S. E , que la señora María y su gente menuda no se habían dado cuenta de cambio alguno en la situación respectiva del amo de casa y de sus huéspedes. La circunstancia, con todo, no inquietaba en lo más míni-

mo el bien templado espíritu del *Sanson* Salvadoreño. Sus órdenes le ponían en el caso de fusilar á su pariente; pero no le imponían la obligación de tomar en cuenta los sentimientos del círculo inmediato del próximo futuro difunto. Condescendencia, mera condescendencia fuè, pues, de su parte, dar carta blanca á su segundo, para que con un pretexto ó con otro—lo cual era de la exclusiva incumbencia de su referido segundo—alejara á la familia por el espacio necesario para que no fueran sus miembros testigos presenciales de la solemnidad que se preparaba. En cuanto á lo de determinar si el movil de la acción fué un sentimiento de humanidad, ó el deseo de que la mujer y los chiquillos no lo atormentaran con ruegos y lamentos, pido que me excuse el lector. Quede eso entre el oficial y su fuero interno. Lo que sè de cierto es, que la señora María y su prole, llevando consigo sendas calabazas, se retiraron: dirijiéndose camino, arriba por el nacional, á las últimas habitaciones del caserío, que en vez de agruparse en un punto dado, se espaciaba á uno y otro lado de la carretera, en demanda de refrescos para la escuadra.

V.

La disposiciòn del terreno y la situación de la casa permitieron que la retirada de los suyos no fuera percibida por el condenado, asi como evitaron que su pobre mujer se enterara de la agonía de su felicidad.

- -

Los pollos, los patos y los pavos picotean aquí y allá las guijas ó los granos diseminados en el suelo. Los cerdos roncan bajo el cobertizo de paja en el que de ordinario duermen la siesta. El follaje de los arboles aparece mustio y hasta resecado por la reverberaciòn del calor: como que el Sol envìa á plomo sobre la tierra, en la forma de hilos de oro, una lluvia de fuego, que hace crepitar las cortezas de los arboles y crujir los maderos de la habitaciòn, mal encubiertos por una dèlgada capa de lodo resquebrajado. Los pájaros jadean en la enramada, separando las alas del cuerpo y callan: como callan casi todos los se-

res y los objetos que en hora más benigna del dia, tienen voz. El aire apenas produce ondulaciones en las bovedas de verdura de las colinas que se levantan allende la quebrada. Solo los grillos chirrían entre los pedruzcos regados en las laderas y el arroyo se desliza entre una cortina de maleza, de higuerillas, espinos y *guarumos*, parloteando sobre las arenas, bullendo entre las peñas, riendo al estrechar su curso entre bancos de arenisca ó murmurando al nivelar con el peso de sus aguas, los trechos fangosos de su cauce.

Un globo inflamado en un cielo de azul intenso y lo bochornoso del ambiente, dan indicios de la hora —Es el mediodia.

Bardales se esfuerza en evocar allá en su mente la visión del porvenir. Su pasado ha sido mezquino, desprovisto de incidentes, de esos á los cuales vuelve la memoria con placer: escaseces, privaciones, sacrificios, sufrimientos físicos y morales, faltas—acaso calificables en ocasiones como graves, según el texto de la ley. . . .en suma, nada que debiéra hacerle cara la vida. Y, sin embargo él no quería morir.

Y vá á morir de órden Suprema!

Quién es esa entidad que se oculta en esa frase?

Indudablemente solo puede ser el Presidente de la República. . . .Pero—caso curioso! El no conoce al Presidente. . . .es decir, le habrá visto unas pocas veces en la época en que prestó servicio de plaza; pero le costaría mucho hacer su filiación. Recuerda que es de la estatura de otros hombres, de complexión más clara que la de algunos, más oscura que la de otros—sabe su nombre y su apellido y que es el que manda; pero más allá no sabe nada. Ahora bien, él se pregunta cómo, cuando y cuanto tiempo hace, ha podido ofender al magnate. Ahi, en el fondo de la caja de pino que un tiempo contuvo vino y que provista de una tapa puesta á la diabla, hace de cofre, bajo la camisa blanca que debía ponerse el próximo domingo, cuidadosamente doblada, está la foja, regularizada, en la que consta su licencia absoluta—la de

su época de militar. En cierta temporada de miseria hizo aguardiente clandestina; pero *esa* la pagó con meses de cárcel—y. . . . y. . . . nada! que no hay motivo para que se le mate. . . .

Hacia la parte Sur del predio, á una distancia como de cien varas de la casa, el camino nacional que costea á aquel de N. à S, hace una inflexión al E.—inflexión que corresponde con el trazo de la barranca ó quebrada á la que hemos hecho referencia; pero aquella se prolonga tan poco en dicho sentido que, en un plano, un ligero desnivel de la recta, representaría suficientemente el accidente. Fuera efecto de la naturaleza del terreno, ó de la acción de las lluvias torrenciales del recién pasado invierno, el piso de la vía presentaba, á lo ancho, un desnivel marcado, que permitìa á Bardales dominar con la vista el cruce entero recortado en forma de corniza, en las alturas cuyo promedio constituía la mitad del fundo en que se verificaba el drama que traigo entre manos. De aquel lado, no hay cercas, que lo precipitado de las pendientes hace innecesarias: pero hay algunos que otros arbustos raquíticos y unos pocos troncos de árboles ha largo tiempo derribados por el viento ó por el hacha del labrador. La cima de los primeros llega á la ceja del camino y no intercepta la vista, los segundos aparecen espaciados en la ceja misma. Tras uno de estos, blanqueado por los meteoros atmosféricos aparece algo que llama poderosamente la atención del moribundo . . El objeto, sea lo que fuere, se mueve—y por instantes cambia de matiz. La intensa reverberación solar se levanta en lenguas diáfanas del suelo, produciendo un chisporroteo deslumbrante en el que los granitos de silice, los átomos de hierro y las partículas de mica, emiten centellas azuladas, blancas y rojas que al confundirse en la retina hacen el efecto del diamante en polvo. Los bancos de roca gris alternando con masas de tierra amarillenta, reflejan la luz candente de arriba los fuegos de abajo—constituyendo un *repoussoir* que da realce al objeto que tan pronto se colora de pardo como de un blanco que cegaria à quien le viera de cerca.

Bardales deseaba saciar su última curiosidad. "Preparen" Arrr . . . . ! exclamó el oficial en alta voz—tan alta que si alguien se hallara en la abrasada corniza del camino al que me he referido, habría podido discernir la frase como si de cerca fuera silabeada por un escolar.

El bulto que se ocultaba tras el tronco muerto, se móvió á un lado. Si sería un hombre? Juan creyó percibir un brazo .. un brazo cubierto por el lienzo de una manga. Aquello de forma indecisa que se distingue al lado opuesto. . . . . . aquello de color castaño que se balancea, no es una chaqueta? Chaqueta de jerga basta cuyas listas de gris claro no puede distinguir, si bien las adivina, chaqueta que no le es desconocida . . . . De quien es . . . . de quién?

La nube roja que empieza á extenderse del horizonte del mar hacia la tierra, asume contornos netos como de cuchillas corvas. En su mediania algunos copos oscuros, algunas volutas de tinta neutra, dibujan un endriago colosal. La hendidura de la boca es monstruosa en su dilatación y le faltan algunos dientes. . . .

Qué bella le pareció María (. . . . pobre María! dentro de un instante será la más infeliz entre las infelices ¡la viuda de un pobre!) cuando se la encontró entre otras ciento cortadores de café hacia diez años. . . diez años. . . Ah! ciertamente es un hombre el que se oculta allá à lo lejos para contemplar su agonía. . . . Su agonía, sí, su agonía. El Presidente está airado: el Presidente quiere que muera! Pero. . . qué le ha hecho á ese hombre para que condene á sus hijos al hambre. . . ?

El Coronel Abarca, palido como un muerto, cruzados los brazos sobre el pecho, colocándose á dos pasos á retaguardia del oficial que mandaba el piquete detallado para la ejecución, sigue de hito en hito los cambios que iban determinando en la fisonomìa de la víctima de S. E. los pensamientos que se sucedían en su mente. En el semblante del concienzudo verdugo no se leía la conmiseración ni se observaban esos tirones de nervios con los que, en algunos temperamentos, se revela el remordimieto. Ape-

nas si despues de su lacónica notificación había vuelto á abrir los labios. Dos ó tres veces sus miradas se cruzaron con las del infeliz condenado: pero había tanta recriminación en las de este, que el Coronel había tenido que bajar la vista.

Por su parte, los soldados, á plomo sobre los piés, rígidos, inmóbiles miraban, conteniendo la respiración, al que debían privar de la existencia, evidenciando esa especie de piedad que el que mata por deber suele experimentar hacia aquel à quien mata.

- -

El nido de calandrias.... eso fué cuando Juan iba á la escuela de su pueblo—en la que aprendió á leer tan mal que à los quince años no distinguìa una O de un número 4. Qué alto estaba....el nido. Era en un roble de muchos años, grueso, alto, de tronco rugoso. A favor de los muchos nudos que atestiguaban la caída de las ramas inferiores, pudo subir y ya asia su presa, cuando faltándole el punto de apoyo de madera seca, cayó de costado: en un principio, detenido aquí por un gancho que cedía á su peso, allá por un enmarañamiento de ramillas—más abajo por el torsal de una liana, hasta dar de cabeza en el río!

- -

Apunten.... exclamó el oficial en voz brebe y sonora.

Los recuerdos de Juan que hasta este instante se precipitaban con vertiginosa rapidez tomaron un vuelo tan violento que al llegar al punto decisivo de su martirio, pudo, después de recorrer treinta años de sucesos de mayor ó menor significación llegar.. al hombre de la corniza....

Al tender el piquete detallado sus rifles á nivel del pecho de Juan—el hombre dejó su escondite y su silueta se dibujó en el fondo de rocas del lado opuesto á la ceja del camino....

Dos gritos se sucedieron simultáneamente—

La voz de fuego! energicamente acentuada hizo extraño duo con la última exclamación del condenado.—"El"....

La repercusión de la descarga hizo saltar la arena

del piso en el patio y los ecos de la barranca se la enviaron de ángulo en ángulo, de los declives, hasta perderse en un trueno ahogado por la distancia.

Las aves asustadas levantaron el vuelo y el curioso de la corniza se eclipsó completamente.

Un instante después, la escolta desfilaba reposadamente á lo largo del camino—dejando al cuidado de la familia disponer de los restos del que fué esposo y padre..

La cabeza del ejecutado se apoyaba sobre el hombro derecho--de su pecho destrozado se escapaba á raudales la sangre: doblándose las articulaciones de sus rodillas en forma que el peso entero del cuerpo era sostenido por las ligaduras de los brazos.—

VI.

Mientras comparecía ante él, el gefe que había solicitado audiencia, el primer Magistrado de la Nación leía sonriendo las lucubraciones de intención feroz de un periódico de la oposición. El redactor que era un muchacho del temple del alma de un romano, daba á entender que S. E. no era *exactamente* la perfección misma. Temeroso sim embargo de las consecuencias de su atrevimiento, había estampado en lugar visible del encabezamiento de su incendiaria hoja, este artículo de la Constitución.

Art.....

Nadie puede ser privado de su libertad ni de su vida, sin haber sido previamente vencido en juicio.—

El ser necesario releía sonriendo esta cita, cuando se presentó un edecán anunciando:

El Coronel Abarca, Señor.—

Que entre.

El valiente en traje de camino hizo el saludo reglamentario y pronunció estas solas palabras.

Está cumplida la órden, Señor.

Ah! muy bien.—No hubo novedad?

Ninguna. Señor.—

Perfectamente. Estoy satisfecho. Puede Ud. retirarse" y cogiendo el periódico entre manos leyó distraidamente:

Nadie puede ser privado de su libertad ni de su vida, sin ser previamente vencido en juicio........

Barbarie.

En época como la presente, en la que, para todo el mundo, tiene fuerza de ley la sentencia que reza: *piensa mal y acertarás*, es aventurado soltar aserciones que de seguro han de ser acogidas con cabeceos significativos de dudas y con otras señales de la pública incredulidad.

Ánimo pues requiere y ánimo de espartano, sabiendo esa verdad al dedillo, dar forma á mis íntimos sentimientos con respecto á los barberos; pero gracias á Dios le tengo.

Yo estimo, respeto, admiro á los menestrales que sin prevención contra caspa, ganado menudo y... otras dolencias á las que está sujeta la parte más noble del hombre, hacen su agosto eliminando de aquella los apéndices hirsutes y llenándola de grasa y rascándola con almoh... digo con peines. Y no por su despreocupación me siento poseído hacia ellos de los sentimientos ya dichos, sinó porque à fè mìa se merecen eso y aún más. Mucho más!

¡ Miedo! Miedo yo! Jamás! aunque para ser franco nunca soy tan afable con un barbero, ni muestro mejor humor, ni me hago con él tan sociable, como en el momento en que arrellanado en la silla de operaciones quirúrg.... barberiles, quise decir, le veo después de blandir su acero como si fuera á desnarigarme, llevar con violencia su diestra á inmediaciones de mi yugular.

Evoco entonces el recuerdo de los preceptos de Carreño, de los consejos de Lord Chesterfield y me propongo ser amable, benigno, ocurrente, sin forzar el espíritu y... y... complacer á mi hombre en todo, en una palabra Asunto de educación, se lo aseguro á Uds. La cual no me

impide dar un bote cuando noto que el gesto á que he hecho referencia es más marcado que de costumbre, pues al fin y á la postre tengo nervios.

En cierta época de mi tempestuosa vida era yo cliente de un sujeto de la clase en ciernes, entregándome á sus manipulaciones artísticas con una confianza ciega. Bien es verdad que siempre que en el progreso de su obra, me andaba con la navaja en los arrabales de la nuez de Adán, no dejaba de escamarme y aún de parlamentar un poco: no porque pusiera en duda el talento del barbero sinó por temor de una errata posible, de esas que no admiten corrección al márgen.

El maestro tenía seguro el pulso, bastante, seguro. Fuerza es hacerle justicia. Solamente que tenía *días* ... turbios. El era un almanaque viviente. Se sabía al dedillo todas las fiestas de iglesia, así como las civiles de las llamadas de *tabla* y como era á la vez fervoroso creyente y patriota de solemnidad, las guardaba todas con ejemplar entusiasmo. Las guardaba todas—con ginebra.

Entonces, los clientes que respetaban sus virtudes cívico-religiosas, se trasportaban majestuosamente y en masa, á la tienda de un competidor del maestro, por temor de percances fortuitos ó por respeto á la fuerza mayor—de la navaja.

Yo hacía lo mismo, repito que no por temor sinó en el filantrópico propósito de evitar al maestro un crímen inútil. Eso sí, hasta que la esperiência me hubo puesto de bulto los peligros que recelaba la tienda, en lo que duraba una crísis de fiesta ó de tornafiesta. He aquí como.

Era un 15 de setiembre aniversario no sé cuantos, de la memorable fecha en la que nosotros, ó nuestros padres ... ó los padres de nuestros padres, rompimos ó rompieron, no se puede mas gloriosamente, la cadena infanda—ó cosa así—de infamante despotismo: pero eso, con tan poco esfuerzo, que tengo para mí que la cadena era de estaño: ó de metal inferior á este. Sea dicho de paso.

Díjeme yo. Cómo celebrar mejor tan fausto acontecimiento que depositando en el altar de la patria las pati-

llas y la barba? Y palpitante el corazón me dirijí á la barberia, resuelto á consumar el doloroso sacrificio!

Mala la hubisteis, franceses, en lo de Rocenvalles exclamé sotto voce, al encontrarme al profesor entre dos agua .... rdientes perorando en beneficio de sus oficiales y aprendices, mientras desollaba á un quidam. A la vez que en periodos más ó menos redondeados daba tajos retóricos á la madre patria, administraba y suministraba, ó las dos cosas á un tiempo, nítidas cuchilladas al pobre diablo. Apuntaba á la barba; pero le acertaba en la cabeza, ó en un hombro y le cercenaba en un tiro, un fragmento de oreja, en otro tiro, trozos de la chaqueta de jerga que abrigaba el busto del paciente: durando el martirio de este, lo que duró el discurso. La operación concluyó al fin, en medio de un ramillete de invectivas feroces, cuyo objetivo fué el león de España. "Está U. despachado, mi amigo, dijo al fin el patriota, restañándole la sangre á su victima, con auxilio de una esponja y polvos de arroz. Otro! "

Ah! dijo reparando en mí—Ahí está Ud? tome asiento.

Pero yo que había visto bastante, le contesté. Abrenuncio! Prefiero volver mañana....

Ca! hombre si tiene usted unas barbas que le hacen parecer profeta. Venga Ud. acá, señor mío.

Pero.....

No hay peros ni peras que valgan. Le estimo á Ud. demasiado para consentir en que ande Ud. hecho un ermitaño.

Y antes de adivinar lo qué haría, me hallé envuelto en los pliegues de un peinador y embutido en la silla.

Oíga Ud. maestro.....

Quieto! Quieto! En un abrir y cerrar de ojos quedará Ud. remozado y me dará las gracias.

Y diciendo y haciendo, preparó el jabón, asentó la navaja y apoyando el dedo pulgar de la mano izquierda en la base de mi garganta, enarbolò en lo alto su acero.

Era su costumbre al llegar á ese punto del procedimiento preguntarme : *le dejamos la mosca ?* Pero en aquella ocasión solemne, mirándome con ojos que

afectaba el estrabismo artificial producido por el abuso de la ginebra, me dijo:

Què fecundo tema ofrece al exámen del espìritu, la libertad!

Y trayendo con fuerza la mano de alto hácia abajo, me largó un tajo que si no me hubiera sesgado en la silla, me decapita! Una entalladura vistosa en el felpudillo del respaldo, fué la consecuencia y como el gesto fué tan violento, el maestro midió el suelo, con la cabeza primero, después con las espaldas y por último con piernas y pies como que la vuelta fué completa.

Caracoles! dijo incorporândose y recogiendo su arma, el cristianazo es de marca.

Maestro, por Dios! más cuidado!

Sí, replicó poniéndose en facha de recomenzar el trabajo, es lo que siempre he dicho y repito: más cuidado se necesita para conservar incòlume bien tan estimable. Los pueblos... tiene Ud. la barba muy desaliñada—necesitan del aire puro que se respira—el que le cortó á usted el pelo, no sabe su oficio—en las regiones serenas en que plana siempre triunfante—vea Ud.! un aladar más grande que otro —el genio de la libertad.

¡¡Ras!! ¡ras! y me rebanó las patillas como quien poda un sarmiento de viña, produciéndome una abrasión atroz en cada carrillo.

Oh maestro... màs suave....

Jamás será bastante fuerte el lenguaje en que se comdene la opresión de la tiranía. España ante la historia es culpable de haber conservado—el bigote no está parejo—en vergonzosa tutela...

¡Qué! mi bigote??

No hombre ¡no! á sus colonias de América: otra suerte tuviera si al ver agitarse á sus hijos, en las feráces comarcas que allende los mares acataron un tiempo sus leyes, en el afán de ser libres, considerándoles no como á esclavos viles, sinó como á hijos en edad de emanciparse, les hubiera dicho en noble lenguaje: So brutos! no metan bulla!..

No pude retener una alegre carcajada pues la salida de tono era de talla recia; pero él sin fijarse en ello siguió: habrá malcriados que oyendo hablar á sus mayores les interrumpen con su algazara!

Pues dígole á Ud. maestro que si eso les dice España á sus hijos de las colonias, se luce.

Oh no! me dijo volviéndose á mì: hablaba con esos aprendices que ha rato que están riñendo. Bien les ha oìdo Ud!

Y era así en efecto y la interrupción fué oportuna pues cortó de golpe la arenga. Nada era ser degollado *in partibus in fidelium*; pero pasar de este mundo al otro al compás de frases de periódico proferidas por un *ginebrino* y en una barbería, era el colmo del ensañamiento de la suerte.

Quizá mi sujeto hubiera reanudado el hilo de su discurso y me hubiera matado con él más efectivamente que con el instrumento con el que hacía rato me había estado haciendo cecina; pero el instinto de conservación se pronunció fuertemente en mí y aguzándome el intelecto me sugirió ocurrir á las vías diplomáticas. Así.

El hombre que no ama á una mujer, se encariña con los perros ó se aficiona á los gatos. Un corazón desprovisto del todo de afectos seria una monstruosidad de calibre mayor y en mi hombre la regla no marraba— la sultana de su alma era una perrita de aguas de nombre Pulida: circunstancia que me constaba.

Lo cierto es que viendo se disponía á hacer de mì la contraparte de un San Sebastián, por lo menos en lo que toca á la testa, al sentirle trasteándome ahí donde la cosa ofrecía, para mí, peligro de muerte. con el aire más ingénuo del mundo, le pregunté, con *sumo* interés de *oropel*.

Maestro.... y la perrita que se ha hecho?

En el acto soltó mi manzana y se enderezó con expresión sonriente, mirándome con cariño. Hola! Conque Ud. conoce á Pulida?

Pues no la habìa de conocer! Un animalito tan inteligente... y tan... tan así.

Puede Ud. decirlo, me replicó con aire de orgullo, ha de creer Ud. que conoce bien á los clientes?

Deveras!

Como Ud. lo oye—é inclinándose de nuevo en son de terminar la vivisección, creerá Ud. repitió en tono confidencial, que conoce bien á los clientes de la casa...?

¿Es posible?

Como si los hubiera pari... Ud. perdone! se interrumpió, *ya* no muy á tiempo, pues la insinuación me hizo poner un gesto un tanto agrio Quise decir que les quiere—les quiere.., vamos! *se los come* á cariños. Vea Ud. don S, yo—digan lo que quieran otros—tengo la certeza de que los animales tienen alma.

¿Quien lo duda!

Tienen entendimiento, memoria, voluntad: se entienden perfectamente entre sí, distinguen lo bueno de lo malo, aman, odian, sienten...

Por supuesto!—dije yo un tanto irreflexivamente: sin ir más lejos, yo conocí un perro que hablaba Latín!

¡Eh? Ud. se chunguea señor!

Digo—contesté algo confuso, no quise decir eso, sinó que el dueño del perro pretendía que él le enseñaría Latín al... Tampoco! ¿Cómo fué Dios mío! agregué fingiendo querer recordar, ahá ya estoy! El dueño del perro aseguraba que el Latín perrearía al enseño....Ta! tá! qué absurdo! digo que el perro....Pero hablábamos de Pulida: sabe Ud. en confirmación de lo que decía Ud. antes, que el otro día al encontrarme en la calle me hizo mimos y monadas? Por supuesto, yo la devolví sus caricias.

[Tan porsupuesto, que del puntapié que la dí la hice dar volteretas, siendo esta la ocasión en que conocí á la perra].

El maestro emocionado á punto de querer abrazarme, desde el instante en que halló, ó creyó hallar en mí un apreciador de la sultana de su alma, empezó á ver en mi cara y territorio rayanos, objetos dignos de trato es-

merado ya que no de veneración y por lo tanto sobreponiéndose en cuanto le era dable al temblor nervioso que hacía inseguras sus manos, evitó con el cuidado á que daba lugar el lastre que llevaba en cala, arrancarme *mucho* pellejo.

Por manera que de la operación apenas salí con tres incisiones que el cirujano me dijo, después, ser curables en dos semanas ó más.

Desde ese día, tube cuidado de indagar á qué carta debía perder cuando iba à la tienda: solo que en vez de preguntar como un zote al primero que hallaba al paso por la *salú* de mi hombre, ponìa empeño en cerciorarme de visu acerca del particular.

Y qué mejor indicio que el estado de los ojos y lo torpe de la lengua ? Y el prurito de largar discursos como otros disparan pedradas?

Asì es que cuando no había *nublado*. . en el cerebro de mi barbero, ocurría á confiar en sus manos mi máquina de pensar y entregaba á su capricho, las excrecencias capilares que hallaba de más en mi cara.

Y la única reticencia que tenía para con él se pronunciaba al andarme con la navaja ó en los arrabales de la nuez de Adán ó en el campo neutro que confina con la yugular, en forma de manifestaciones orales de un interés algo subido de punto, por la salud de Pulida.

Corté mis relaciones con Nicodemus Rapagòn cuando, algún tiempo después, supe que el juicio se le había marchado á la francesa; lo que atribuí á dos causas: al mucho amor al enebro en la forma de líquido y á la prematura muerte de Pulida, en la flor de sus años y á punto de ser madre, ocasionada, por un atracòn de chorizo adobado con arsénico.

En la circunstancia, dejarme sobar de aquel, habría equivalido á un conato de suicidio, acción que repugna á mis principios sin hablar de lo *malsana* que es.

Tuve pues que cambiar de barbero con lo que si gané ó perdí no lo sé á punto fijo. Por de pronto, la necesidad de buscarle á cada uno el flaco, me puso en

aprietos y augustias. Para mientras, con aires de Lord Chesterfield y practicando las máximas de Gracián, á la vez que los preceptos de Carreño, logré tener á algunos propicios.

No me apena decir que traté de conciliar las gracias de tonsoriales artistas, puesto que al fin y al cabo, por necesidad del oficio, aliquando tenían de andarme con la navaja en puntos muy delicados

Hay tantos que cierran con la garganta como con los moros Santiago, que deveras me asustan. Un instante de distracción del barbero, un movimiento brusco de Ud. y zas! se halla Ud. sin cabeza. Si fuera cosa de recogerla del suelo y llevársela al cirujano para que la vuelva á su sitio.. ya estaría uno aviado; pero cuando el percance acaece, en tal forma se achica el espíritu—ó para hablar como el vulgo, á tal punto se *corta* uno, que cuando viene á acordarse de recoger el tronchito ya está uno *archivado* en el seno de la tierra.

A todo evento, es útil ser amable con los barberos—muy útil.

¡Miedo! ¡Miedo yo? Jamás! Es asunto de conveniencia y de buena educación.

Prestidigitación con P grande

Allá por el año de....de....pues señor, que se me ha olvidado el año; pero eso no importa, *c'est un dètail:* La mejor seña que puedo dar á Uds. es que el vástago ilustre [digamos] de mis antepasados, estaba á premio; es decir que no habìa nacido. *Hace rato,* por lo consiguiente que ocurrió lo que paso à contar en tan pocas palabras como me sea dable.

S. Salvador *in diebus illi* no era visitada ni por compañías de ópera ni por..bandas de saltimbanquis, lo que puede constituir mérito ó demérito, según el juicio, gobernado por los respectivos temperamentos, de mis lectores. En eso, ni entro ni salgo. Sé, por tradición, que la ciudad era cinco veces menor que en el día, que estaba tan afrozmente empedrada como en el día: que había como cincuenta veces menos casas que en el día: que las calles eran *alumbradas,* [¿] de noche, por medio de *torcidas sumerjidas en grasa de puerco;* en fin que era una ciudad de esas que no hacen hablar de sí, ni poco ni mucho, como las muchachas honradas. Ocasionalmente—*et c'est á regretter,* el suelo en que se asienta la moderna Cuscatlán, experimentaba ataques de *baile de S. Vito* y las casas les caían en las narices ó en el externón á los moradores, con detrimento más ó menos grave de la higiene de aquellos....cuando no les sacaban del estrujón los intestinos y á la par de estos, los principios político-morales y sociales que sustentaban, ó *creìan* sustentar: lo que no es lo mismo.

De cuando en cuando, algún patriota abnegado resolvía sacrificarse *pro bono publico* y abandonando las dulzuras de la vida privada, los goces tranquilos del hogar, se resignaba á apoderarse del mando Supremo: lo que no se podía hacer con recato ni reticencias, pues quería siempre la maldita casualidad que el patricio que tenía agarrada la cebolla, por el tallo, estuviera también en disposición de sacrificarse en aras del propio inter.. digo .. de la Nación. De lo que resultaban tiros y más tiros y una porción de patriotas quedaban descosidos descuadernados, y tuertos, ó cojos ó mancos, remendándose cada cual como podìa, *cuando tenìa con qué.*

El que quedaba encima daba gracias "al Dios de las batallas" *Connais pas! ma parole d'honneur;* pero á ese elevaba sus acciones de gracias: luego hablaba de haber salvado el orden.... Corintio Jònico, Compuesto, Dórico, Etrusco, Bizantino, Romano-bizantino, Gótico, Morisco, Churrigueresco? No lo decía: guardando á tal respecto, una reserva prudente. Por lo que hace á las casas, sin embargo, quedaban hechas unas cribas y tales de los habitantes á quienes la *salvación* cogìa en la calle, podrían haber arrendado sus pieles en clase de sustitutas de regaderas.

En uno y otro caso S. Salvador andaba en lenguas, con lo que perdía casta. Esto dezasonaba á los buenos.

Algo se consolaban pensando y diciendo.—"Afortunamente esto no acaece todos los días: seis ó siete motines, una ó dos rebeliones, cinco ó seis tentativas de asesinato Presidencial cada mes y una samotana cada siete años.... es poca cosa, en suma. En cuanto á temblores, un promedio de 70 anuales y una ruina cada veinte años, tampoco es demasiado. Peor sería que hubiera 365 en un año!"

Y á fé que tenía razón.

Así pues, cuando había *relâche* en materia de coreografía geológica y los patriotas descansaban de sus labores para preparar sus fuerzas y emprender aquellas con más bríos, S. Salvador era una Quiquendona tropical, poblada

por una raza algo más activa que la que existió ó no existió, allá Verne, en la émula de Virgamen.

Un día se parecía á otro día en el Valle de las Hamacas: las ocurrencias de la víspera eran por decirlo así hermanas gemelas de las del día siguiente y como es regular, los bostezos estaban á descuento. El San Salvadoreño de esa dichosa época, se levantaba con el alba, hacía sus abluciones, después de *saltar dentro* de su ropa, se desayunaba, trabajaba, almorzaba, hacía la digestión, volvía al trabajo, comía, paseaba la comida, visitaba, si era de humor sociable, se chocolateaba, rezaba—si era de temperamento religioso,—y una hora después del toque de ánimas, *saltaba fuera* de su ropa y *dentro* de su cama, dormía y roncaba como un bendito.

Todo eso no tiene nada de extraordinario, nada! lo fenomenal era que en sus ratos desocupados no pensaran los aludidos en pegarse un tiro. O dos.... O tres..!

Advino, con todo, que un día hiciera irrupción—como bárbaro que era—en la dichosa ciudad, un prestidigitador. Y eche Ud. sílabas!

Vaya si hizo novedad el buen señor. Como todos los de su casta no se quedaba corto en lo de darse el primer puesto entre los que cultivan su ramo especial del saber humano. Se tragaba los naipes por paquetes ... y manejaba que era un gusto la estopa y le escamoteaba el fuego á cualquiera y disparaba conejos y cargaba con bala fiereros—y ... y ... canarios! me parece que he confundido un poquillo las cosas. Veamos! dije que se tragaba los naipes ... hum! pongamos que los tales son de estopa y que después, *echaba fuego* por distintos conductos ... Eso es! Y ... En fin ... saben Uds. lo que es permutar? Pues bien, tengan Uds. la amabilidad de hacer *eso* con los términos de arriba y quedarémos entendidos y conformes.

Lo más granado—y también lo más desgranado—de la sociedad, patrocinó al "Príncipe de los Brujos" ó cosa así apiñándose en el Salón General de Estudios de la Universidad—ó en otra parte—no lo recuerdo de fijo: ni á la verdad importa mucho determinar el punto—Externones y

omoplatos se hallaron en contacto íntimo, pues las bancas que proporcionaron asiento á los concurrentes, de todo tenían, menos espaldares. De todo, incluyendo en la cuenta astillas que pincharon más de un . . . ápside de carne — y pulgas y polvo y—la mar.

El Príncipe de & &. después de variadas suertes con las barajas y de sacar sombreros de los conejos . . . dale bola! es al reves, por supuesto—y de extraer un frac de su palangana llena de peces dorados —otra vez! Mal rayo; pero bah! permute Ud. lector, permute Ud. . . . procedió según programa, á la decapitación de un pollo, el cual resucitaría á voluntad del mago. Al efecto, tomaba un cuchillo crecidito y después de hacerlo pasar de mano en mano para que se cerciorara *todo* el mundo de que era un gallinaceo *bonafide* una ave genuina de corral, con un pollo perfectamente afilado le cortaba la cabeza. En seguida y á la postre de misteriosos preparativos, al proferir el Brujo el *Hocus pocus imperatus* cabalistico, el cuchillo se erguia sobre sus remos, entonando un ka-ka-ri-kóoo! triunfantemente sonoro ó un *clu*! *clu*! *clu*! de satisfacción.

Dejaré á un lado la impresión que eso producía en la generalidad, con la que no reza este cuento, sinó *por banda*, para no ocuparme más que del Coronel Bárcenas, cuya curiosidad sobrexcitò, en grado extremo, lo nuevo del espectáculo. Para él era óbvio que en la suerte no había *mácula* —: el animal era de carne y hueso y morìa real y verdaderamente. A la prueba . . que bastante sangre caía de la mesa que hacía de patíbulo al piso y el tronco aleteaba con fuerza y no escaso ruido.

Para satisfacción de cierta clase de lectores, conviene explicar, en este punto, que por lo que hace al sujeto de la experiencia no espichaba, siendo escamoteado y repuesto por un semejante suyo, de igual color y talla. Lo de la resurección pues, era mero juego de manos.

El guerrero se retiró á su cuartel *sous le coup* de una sorpresa inextinguible: Cenò con buen apetito—se acostó en seguida, durmièndose con la tranquilidad del justo; pe-

ro sin dejar de darle vueltas, en la mente, á la suerte del *prestidigitador*.

Ahora bien, el Coronel era sonámbulo . . . . No bien se echó en brazos de Morfeo, soñó que se hallaba de nuevo en la función, viendo el patio lleno de expectadores cuyos semblantes escudriñaba á favor del alumbrado algo primitivo que permitìa la época, y que producia algo así como un crepúsculo tropical: apareciendo el escenario sumido en una penumbre misteriosa y en el proscenio una especie de tribuna, tras la cual se encontraba . . . . *él* . . . . en persona, haciendo prodigios que Houdin, Cleverman y Bosco no han intentado realizar. De un frasco de agua de Colonia no mas grande que el puño, sacaba, pero no por arte de birlibirloque, sinó real y efectivamente, toda una familia de gazapos tan grandes como gatos talludos, á la vez que de un sombrero de castor de vuelo moderado, retiraba una pieza de artillería . . . y así por el estilo.

No mas grande era la admiración que experimentaba el público, viéndole hacer sus suertes, que la que le embargaba la mente al profesor. El metía la mano en los trastos casi maquinalmente y extraía lo que acertaba á hallarse en el fondo de aquellos: asi es que á cada objeto nuevo y raro, se rascaba el occipucio, arqueaba las cejas y se decía á sí mismo: "diablo! qué hábil me estoy volviendo, eh? ¡Pero señor, donde aprendería yo tanto . . . ?". Y el público aplaudia con entusíasmo frenético y le victoreaba!

Por sabido se calla que no obraba en silencio, como que jamás charlatán de feria atarantó á sus oyentes con tan atropellada facundia, hallándose su discurso exornado con los neologismos más audaces y los más estrambóticos de los adjetivos: fluyendo unos y otros de sus labios, sin que le costaran el menor esfuerzo intelectual. Sus giros eran además de extraños, eufónicos, sus frases, campanudas en fuerza de su resonancia, á punto de que cada vocablo estallaba en el tímpano de sus oyentes, con el estruendo de un petardo. Caracoles! se decía, al tomar aliento, pues no me

hecho de repente un Cicerón? De cuando á acá, Dios mío! De cuando á acá?

Cuanto tiempo habría durado la velada en tales condiciones, no sabrè decirlo; pero sí que llegó á su término por efecto de la impaciencia del público. Algún mal avisado joven exclamó después de un escamoteo *limpio*: el pollo! el pollo! Y el público gritó como un solo hombre, el pollo! el pollo!

Pues señor, se dijo á esto el Coronel, en mi vida las he visto más gordas. Aqui de una chiripa Providencial ó se lleva el demonio mi novísima popularidad.

Huy! exclamó luego, viendo á su asistente arreando delante de sì un gallo poco menos robusto que un buey cebado. Habrá bruto! exclamó *sotto voce* dirijiéndose á su teniente—Quiero ver que cuchilla podrá cortar semejante pescuezo!

¡Oh, no hay cuidado, mi Coronel, aquí tiene Ud. este *enorme* machete" y le presentó una de esas cuchillitas como de media pulgada de largo, que solo sirven para limpiarse las uñas!

Y, lector, al llegar á esta parte de su sueño, Bárcenas se levantó en cuerpo y alma, de la cama, en ropas menores y descolgando de un clavo fijo en la pared su tizona de cuando *repican fuerte*, la de *parada*, se encaminó con la idem debajo del brazo . . . al cuerpo de guardia!

Los centinelas apostados á lo largo de los corredores, al notar aquel fantasma, le requirieron conforme á ordenanza: al verle próximo, dudaron entre correrse ignominiosamente ó largarle un tiro . . . Y la vacilación entre el deber y el miedo, salvó la vida del noctámbulo no sé si seis ó siete veces; pero el lector, con su rara penetración, sacará la cuenta por el número de los faccionarios, *si halla cómo establecerlo*. Al fin le reconocían y le hacían acatamiento golpeando con la culata del fusil el pavimento.

Entre tanto, el oficial de turno se hallaba arrellanado en una silla de brazos, en el vestìbulo del cuartel, cabeceando de sueño y maldiciendo la lentitud del tiempo. El gefe *de dia*, en la noche en ciernes, era un remolón que aparecía siempre que no se le esperaba. De ahí la necesidad

de estar alerta. Qué se diría del capitán Mondego si le pillaran dormido!

Mi capitán, dijo de pronto el cabo de guardia, creo que el comandante se acerca......

Mondego volvió la vista hacia el punto que señalaba el subalterno y vió la misma aparición que había turbado la ecuanimidad de los centinelas; pero hasta que estaba muy inmediata á su persona, como que el errabundo gefe hacía su inconsciente ronda en plantilla de medias!

El capitán se incorporó bruscamente y haciendo el saludo militar esperó á que el superior le hablara, extrañando sí la facha en que se presentaba.

Los soldados alineándose con toda corrección volvieron la vista *à la plaza.*

"Señores"...... dijo el gefe con voz sonora; pero sin la aspereza, real ó simulada, que asumen las locuciones militares.... "la prueba que voy á tener la honra de someter al ilustrado criterio de este público, sale de los límites de lo ordinario, correspondiendo más bien, por sus trascendentales alcances, á la categoría de los fenómenos llamados sobrenaturales. Aquí tenéis un pollo" y señalaba á Mondego..... pollo que, como podeis verlo, se halla en la alborada de la vida, en la época dichosa de las ilusiones: en la que la fantasía evoca imágenes fantásticas de coloración casi ideal, á guisa de arabescos luminosos trazados en la tela sutil de la inventiva y cuyo único fin parece ser proyectar una visión falsa en la penumbra del porvenir. Privarle de esa vida que para él se ofrece llena de encantos, sería una crueldad de la que no me haría voluntariamente reo?.. á ménos que tuviera una gazuza de *à cara* y el vil metal brillara por su ausencia en mis bolsillos; pero sì puedo suspender en su organismo las manifestaciones de la existencia: los fenómenos que son del dominio de la fisiología, separando sutilmente la cabeza del cuerpo, como procedo á hacerlo: después de lo cual, usando del secreto que me trasmitió el celebérrimo Halpogas—á la voz de Resurgan gallus! se pondrá en pié y en-

tonará el himno matinal de Ko—ko—ri—kòo! que es le Tedeum de las gallináceas.

Y antes de que el oficial que oía lleno de asombro los que èl juzgaba desbarros producidos por el exceso de alcohol ingurgitado por el jefe ...antes repito, de que Mondego se pudiera poner en guardia, con una fuerza de gigante, el Coronel le asió del pescuezo con la mano izquierda y le levantó del suelo á la altura de sus propios hombros. Luego, blandiendo con la nerviosa diestra la desnuda espada, murmuró como lo había visto y oído hacer en la función *verdadera*, *Hocus pocus imperatus.* Hoc gallus moriturum esse . ....

Mondego pataleaba como un ahorcado: se asía á dos manos al puño de acero del Coronel, le largaba puntapiés y hacía violentos esfuerzos por gritar. Por su parte, los soldados espontáneamente rompieron filas y rodearon el grupo formado por el noctámbulo y su prometida víctima y los unos tirando á dos manos, quien de un hombro, quien de las faldas de la casaca, del capitán, los otros colgándose del cuello ó de uno ú otro brazo del Coronel, enlazándose alguno á la cintura de este, mientras el de más allá ensayaba en furtivo modo una zancadilla que tenía ribetes de insubordinación ó trascendía á desacato, pugnaban con meritorio afán por impedir que el *profesor* llevara á cabo su *experimento*.

En el estrecho recinto de aquel cuerpo de guardia mal alumbrado por el velón de sebo que se consumía dentro de un farol de vidrios empolvados, aquellos hombres en lucha, chafando el suelo con alpargatas ó botas claveteadas, jadeando, jurando entre dientes y girando con la rapidez de las imágenes de un praxinoscopio en derredor de un punto variable, parecían entregados á una danza infernal—y en las paredes grises, sombras descompasadas de grotesco trazo, cabeceaban, jugaban de brazos, crecían, se achicaban, engrosaban y se adelgazaban, sin cesar.

Al ruido de aquella zambra, los centinelas dieron la voz de alarma; las puertas de las *cuadras* se abrieron

bruscamente, dando paso á oficiales, clases y tropa, en *negligé* nada estético—y el jefe mismo del cuartel, con la toledana dajo el brazo y un pistolón deforme en cada mano, se presentó en medio de sus subordinados, bastante vestido para el Paraíso Terrestre; pero muy poco para las exigencias del decoro. Una camiseta no muy larga de talle y....su dignidad, constituían los dos sumandos de su indumento

Un tamborcillo mal avisado por su inexperiencia se puso á tocar generala y las cornetas de una de las compañías le dieron acompañamiento.

Sh! Sh! Sóo! exclamó el Coronel distribuyendo entre los artistas unos cuantos puntapiés—y seguido de cerca por la masa de gente, corrió al vestíbulo: llegando á este en el momento mismo en que la fuerza colectiva se sobreponía á la individual y el Coronel, *ya despierto*, en fuerza de tantos tirones, era definitivamente separado de Mondego.

Qué ocurre? preguntó el jefe dirijiéndose á su segundo. Qué hay? Ea! Todo el mundo á su puesto! Se servirá Ud. explicarme Coronel Bárcenas....

Bárcenas estaba alelado y miraba de un lado á otro con la mayor extrañeza. Bien veía donde se encontraba y entre quienes se hallaba; pero se daba al diablo por establecer cómo le acontecía que habiéndose acostado en su lecho—durmiéndose de una sola pieza—despertara donde no tenía qué hacer.... Y luego había que despertaba enmedio de un nudo de hombres bregando, bufando, jurando, pataleando como poseídos: de hombres que le quitaban de una mano algo blando y tibio—algo que era rollozo y ni corto ni largo: de la otra mano, le arrancaban la espada! ¿ Estaría soñando? Imposible! tenía el antebrazo dolorido y en el revés de la diestra, un arañazo tremendo manaba sangre. Además, de los calzoncillos no le quedaban más que pingajos mal adheridos á la pretina: á la vez que su camiseta exhibía un escote soberbio. Y en seguida por qué el Capitán Mondego, cuya ropa estaba en el mayor desorden, le miraba con tanto enojo?

A la corta ó la larga, algo tenía qué decir al superior, quièn repitió su requerimiento con cierta impaciencia— y contestó sencillamente. " No sé . . . ." Debo haberme levantado dormido . . . .

Pero cómo puede ser eso ? . . . . Señor Oficial de guardia, sírvase Ud. informarme acerca de lo ocurrido ?

Bien habría querido Mondego excusarse de hacer manifiesto el desorden de su traje; pero en vista de un llamamiento que tenía todos los caractères de una orden, avanzó hacia el grupo de oficiales que rodeaba al Coronel y, trémulo aùn de corage, hizo una relación algo embrollada de la *función* de Bárcenas: la que confirmaron el Sargento brigada y el cabo, cada cual á su modo, enmarañando más y más el asunto en fuerza de digresiones estrambóticas, con lo que el jefe empezó á mirar á hurtadillas á su segundo, temeroso de que este hubiese de pronto perdido el juicio ! . . . .

Retiráronse luego todos á sus respectivos alojamientos, no siendo de los últimos Bárcenas, quien se durmió de nuevo, mientras se esforzaba en hallar la explicación de su presencia en el cuerpo de guardia.

Y volvió á soñar ! Soñó que no obstante cuanto hacía por acomodar la cabeza del gallo al cuerpo, hacía fiasco tras fiasco á punto de hundirse el salón á silbidos Y todo porque la susodicha se empeñaba en asumir la forma y las proporciones de la de Mondego !

No es nada, señores, decía él, á cada ráfaga de las muestras de la improbación popular. No es nada ! Es que ni los tendones, ni las arterias, ni las venas se corresponden . . . . Tampoco coinciden los puntos de contacto: pero si Uds. me traen el tronco del capitán . . . . ó la cabeza del gallo . . . .

Juiiiiiiiiiiiiiii ! Fuera ! Echenlo á la calle ! Mátenlóo !

Pero señores . . . . el gallo . . . el capitán Mondego . . . las vértebras cervicales . . . . el exófago . . . . la anatomía . . . un gallinàceo . . . . ya ven Uds . . .

Juiiiiiiiiiiiiiii ! Péguenle un tiro !

Al día siguiente, el Ministro de la Guerra que era, como suele suceder entre nosotros, un hombre bonazo y distaba muchos miles de leguas de tener veleidades belicosas, experimentò dos sorpresas. El Capitán Mondego, que por su parte, era hombre de pelo en pecho, solicitaba, en persona, autorización para retar á mortal combate al Coronel Bárcenas mientras el Coronel Sánchez, en audiencia privada, insinuaba la conveniencia de permutar al mismísimo Bárcenas, por hallarse *trastornado.*

Hechas las averiguaciones del caso —y mendiante la intervención de un facultativo, quien puso las cosas en su puesto, Mondego se aplacó: recibiendo con más ó menos agrado, la satisfacción que le dió el *pseudo—profesor*, enterándose al mismo tiempo Sánchez de que hay casos en los que se puede tomar á un hombre por gallo, sin que, de tan peregrino error, deba forzosamente deducirse que quien le padece tenga telarañas en el cerebro.

Honni-Honni soit qui mal y pense!

"Para La Revista Azul."

En el salón de descanso de aquella estación, poco más grande que una casita de juguete de Nuremberg, se encuentra, ocupando uno de los pocos asientos visibles, un caballero de grave aspecto sosteniendo en el índice de la diestra un loro de apariencia no menos grave. Que entre los dos reina la mejor armonìa es obvio; pues independientemente del diálogo *algo* animado que sostienen el hombre y al pàjaro, este ùltimo, de tiempo en tiempo, alisa su recio pico en una de las falanges del enorme dedo de su amo.

Wohlen sie ein stück zucker haben?

—*Ja*!

Sie sind ein prächtiger vogel!

Ja!

Wass ist die uhr?

Ja!

Ach! Gehen sie zum teufel!

Ja!

Evidentemente el discípulo hacía pocos progresos en la lengua de Schiller pues no pasaba de la afirmación: lo que no impedìa que besuqueara á Herr Vogellieber cuantas veces el buen señor exigía de él aquella prueba de cariño.

El resto de los pasajeros entretenían los ocios forzados de la espera, los unos leyendo y releyendo los itinerarios y carteles adheridos à las paredes, edificándose en la

recapacitación de las virtudes curativas del Jarabe de Reuter, ó de las píldoras de Bristol, ó bien admirando la sabiduría infinita del Ministerio, tal como se patentiza en acuerdos de tanto fondo como buenas formas, en recórtes del Diario Oficial. Los otros se embelesaban contemplando los arrumacos que el alemán hacía á su *klein freund*.

Un tren en retardo pone la paciencia á prueba del hombre mas calmoso: pero no hay nada que hacerle . . .Se le aguarda sentado . . . . ó se revienta. Como ocurra, sin embargo, que las sillas estén á premio, se divierte uno. Eso es todo.

La una y treinta y cinco! dice el sujeto del inevitable reloj de hoja-lata que pasa por ser de níquel. Y baila un schottisch de medida . . . *allegro, ma non troppo*, al compàs de alguno que otro terno proferidos sotto voce.

Cree Ud. que haya ocurrido un accidente?

¿Eh?

Digo, que haya hecho cabriolas la máquina . . .

Quién sabe!

Hay ahí una señora de la clase popular abrazada estrechamente à un manojo cohetes, para celebrar la fiesta de algún santo: San Crispín, pongamos ó . . S. Facundo. Una semana de jornal del marido, la asignaciòn de un mes de cocina de la devota, estan representados en aquella pólvora. Shhh! pán-pán—pán! Un surtidor de fuego, una vara, con un paquete de papel en la punta superior, subiendo con violencia, tres detonaciones y la consabida vara que cae—y *violá le tout joué*. Si con eso no se pone orondo el santo, duro es de contentar.

La otra señora, sentada á la turca en el andén, ha traido consigo unos cestos enormes de contenido ignorado, puesto que, sea este el que fuere, está velado por lienzos que pueden ser sábanas y es posible sean manteles. En tres carros cabría el cargamento; pero ella se ingeniará para que quepan en uno: en el que ella ocupe y que se fastidien sus vecinos de asiento: para eso paga pasaje . . . . . qué caramba!

El tren! prorrumpe el sanguineo–nervioso. Todo el mundo se incorpora y se dispone á asaltar los carros.

—Qué tren ni què indio muerto! es una carreta que pasa por el camino *real*.

Los concurrentes rien: aunque no de muy buena gana.

Der Teufel! murmura el aleman volviendo á sentarse.

Ja! Cara...... exclama el loro.

Ahì está el narrador de especies anodinas dando tormento à un círculo de oyentes.... "Pues sì.. y entonces le dijo ella que para qué quería una vaca *horra* habiendo tan buenas de leche. Y entónces él *le* dijo á ella que à nadie le importaba como gastaba su plata y don *Elauterio* le dijo entónces que no fuera sencillo que era mejor comprar un animal que le fuera útil y ella le dijo entónces, que no fuera bueno, que Juan era asi de terco y entónces D. Elauterio le dijo........

Uno ó dos de los que le escuchan hipnetizados por el gangueo del que habla, así como por sus descosidos gestos, se apoyan contra la pared y echan un sueño... Los más se pasean de un cabo al otro del anden.

El gefe de estación contesta muy formal á todas las preguntas, que "*el tren no tarda.*"

Lo que tomado *ad pedem litterem* es un embuste abominable.

Jesùs! y yo que queriya yegar al pueblo temprano! dice la de los cohetes.

Por aquello de que no hay plazo que no se venza ni deuda que no se pague.... [proposición cuyo primer término es indiscutible, si bien el segundo implica una grilla monumental) al fin hubo indicios evidentes de la aproximación del tren. Primero se oyó á distancia un silbido prolongado: luego se vió una columna de vapor retorciéndose en espiral y por último, en la primera curva de la vía, entre dos bancos de carbón de piedra, apareció la locomotora, avanzando con tanta deliberación como si tuviera el tiempo por suyo y no penara por nada. Máquina tan perezosa como aquella, no la he visto en mis días! A

aquel andar, el tren, del cual era parte integrante, habría dado la vuelta al mundo en ochenta.... años.

Asunto de frenos dirá el lector?

Es posible; pero voto á... Jove que yó la hallé aire de perezosa.

Llegaba soltando estornudos, tosiendo, jadeando como si fuera víctima de la influenza: chis, chis, clanky, clank, clank, clank, brrrrrriii puuuuhh..... chis, chis, clank clank brrrrrruiii puuuuuh! trak, trak, shhhh!........

Tras la ventanilla del tender ennegrecida por la grasa y el hollín, se veía la cara del conductor sombreada por la visera de una gorra más sucia que la conciencia de un diputado de los de "si me das.... *tanto* yo voto *así*...."

Negra, grande, fea.... así era la máquina con su deforme vientre claveteado y su chimenea en forma de embudo por el que se escapaban volutas de humo blanquecino. De la fila de carros que arrastraba consigo, empezó á salir una procesión de personajes de todas las condiciones y castas sociales: los que á juzgar á bulto, no tenían entre sí más vínculo, que el del fastidio de viajar juntos, poco menos que embanastados, sobre asientos no muy blandos y en carros de una mezquindad subida de tono.

El alemán y el loro, el narrador de historias hipnóticas, el propietario del reloj de hoja-lata, misiá María (?) la de los cohetes, el comerciante al por menor que no ha figurado aún en esta narración — y la dueña de la balumba de cestos de contenido ignorado: más cantidad de personas pertenecientes á la gran familia de los Nobody [ó sea de los Nadie] tomaron por asalto los vehículos, instalándose cada cual, donde y como le fué dable.

La señora de los cestos parecía un escarabajo empujando su bola, al bregar con aquellos, en el afán de introducirles en el carro. La puerta era angosta y además estaba obstruida por variedad de paquetes; pero ella en inconsciente paralelismo con Manolito Gásquez, tiesa que tiesa en que habían de entrar: ponía sus bul-

tos de canto y encogiendo el cuerpo, aplicaba ya el hombro ya la cabeza, y empujaba, empujaba, resollando fuerte, roja como una amapola, anegada en sudor, mohina, maldiciente, insultando à los expectadores que reían.... á los empleados del ferrocarril.... al gobierno.

Y al mal avisado que riendo de su miseria presente soltó un inoportuno: *Imposibilia nemo tenetur*, le dijo: la bilis será la que tenga su madre! y siguió en su afán hasta que el conductor intervino y con muchísima dificultad la hizo comprender que sus propiedades no tenìan cabida en aquel apartamento.

Se sigue un período de risas y cuchufletas con motivo del incidente. Entre tanto, la locomotora desengancha y empieza á hacer evoluciones en la vía lateral, para cambiar de dirección—y silba, tose, escupe, ronca, bufa y se dá un trabajo de todos los diablos, hasta que en el curso pausado de los siglos, estableciendo con no poca bulla la conexión perdida, puesta de nuevo á la cabeza de los carros, se dispone á regresar á su punto de partida.

Qué va y ven en el anden de la estación! que de voces, gritos, interjecciones anti-eufónicas, órdenes, contraórdenes, advertencias y la mar, para dar puesto en el tren á unos cuantos fardos y cajas y á las mulas de tres ó cuatro viajeros!

En fin, un sujeto hizo *con el dedo índice como quien imita un rehilete* y el tren parte.... chis, chas, foo, foo, foo, chis, chas, clank y clank rrrruuuui.

¡Cristo.... prorrumpió uno de tantos llevándose la mano al ojo derecho.

Caramba! dijo otro sacudiendo de la pechera de su camisa cada chispa como una brasa.

Son efectos de la leña que es algo verde, dijo otro.

Ay! gritó una niña sobándose la carita de querubìn de pintor clásico.

La señora María no estaba en el tren en aquel ins-

tante ... digo, se hallaba que en insaleel cuerpo; pero su espírtu vagaba en *el pueblo*. Estrechamente abrazada á la dos docenas de coh etes *cargadores* que no so resolvía á soltar de miedo acaso de perder alguno, discutía consigo misma un problema peliagudo. Cuantos cohetes deberían soltarse antes de la *colocación* cuantos en el momento de la consagración y cuantos despues, ó sea al *ite misa est*. El año anterior el señor Serapio la vapuleò en el curso de la *tranca* que se puso al salir de la iglesia: repetiría esa parte del programa de la fiesta?

Y el tren poco á poco aumentaba su velocidad. Al arrancar reptó como tortuga, luego anduvo como un caballo al trote, después como un gamo que huye. A la sazón volaba al través de verdes campiñas, por entre trozos de bosque ... se hundía entre bancos de tierra ó de rocas. Los árboles parecian precipitarse á su encuentro y las cabezas de ganado diseminadas en los prados aumentaban de volúmen y se presentaban cerca como si debieran colarse dentro de los carros, por las ventanillas. El roce violento de las ruedas sobre los rieles producía un sonido parecido al de la resaca, aunque sin intermitencias—algo así como la resonancia de un trueno....de teatro acompañado de lluvia ...de tramoyista. Capite?

Las conversaciones que se entablan entre los pasajeros de un tren cuando la marcha de este há llegado al máximun de velocidad, son eminentemente anestésicas. Regularmente las inician ó agricultores ó traficantes: *quandoque* los ganaderos—y como esa clase de sujetos no saben ó no quieren saber más que lo concerniente á las industrias de las que sacan el *panem nostrum quotidianum*, vulgo *chojin* (creo que *eso* es guatemalteco puro) el pobre diablo que rinde fervoroso culto á Apolo y á las musas, ó sacrifica en aras de Minerva, al llegar al término de la jornada, se ha llenado la mollera de datos curiosos acerca de abonos, cambios, descuentos, prados naturales y artifi-

ciales et sic et caeteris, á menos que, como me sucede á mi, se duerma—ó se pegue un tiro.

En la ocasión en ciernes, sin embargo, era, ò mas bien fué, un litigante el que hizo el gasto del alimento del espíritu, donando con irreflexiva generosidad á su auditorio, la experiencia penosamente adquirida en los tribunales de in-Justicia [Me parece que hay por ahí una erratilla...; pero que pase] El comerciante al por menor le escuchaba embobado. En su vida había oído él una granizada igual de términos jurídicos, á cuales más ominosos: los *autos*, las *notificaciones* y los *pedimentos*, le hacían el efecto de cuchilladas en lo oscuro; *los autos interlocutorios* le daban una idea vaga de lo que es y á lo que sabe el rejalgar, el *contrario imperio* le llevó á la mente el recuerdo dolorido de cierto perro, muerto en la flor de su edad (la edad del perro, es *claro*] á consecuencia de un atracón de chorizo adobado con estrignina, mientras que los *recursos de apelaciòn* y de suplica, *las revocaciones, cartas acordadas, términos de prueba,* tan pronto le conmovìan los nervios á guisa de pedradas, como le procuraban la sensaciónde garrotazos.... en ayunas.

Asunto de imaginación: porque, para él, todo aquello era......no chino, precisamente, pues el chino es relativamente fácil, sinó polaco.

El pleito entraba en su tercer período.... los pleitos tienen períodos, como la tisis, solamente que son mas largos y queman la sangre á fuego acelerado: no consumen carne ni vísceras ni cosas que lo parezcan; pero lo que es dinero y tiempo y paciencia.... vaya!

El litigante, repito, entraba metafóricamente hablando, en la tercera instancia, cuando una causa *al parecer trivial*, interrumpió la narración y vino á dar al viaje el condimento de lo inesperado.

Una causa al parecer trivial, dije. Y así era: consistiendo en un corpúsculo, que cuanto era de imponderable tenía de visible y que como era de mono era de endiablado. Entró por una ventanilla y fué á posarse con inimitable gra-

cia sobre la mecha de uno de los cohetes de la devota de S. Cayetano....ó de S. Patrocinio: yo no lo sé de fijo.

Ahora bien, si á Luis le hubieran propuesto, *por vía de negocio*, estamos? que se tirara del carro, á un lado ú otro de la vía, lo seguro es que con una magnanimidad ejemplar se abstuviera de entrar en una transacción de carácter un si es, no es, arriesgado. No se trataría, para èl, del aspecto,.... llamémosle osteológico, del asunto: sino de la consideraciòn á los nervios de sus co-sardinas....digo, de sus compañeros de viaje; pero *hay momentos en la vida de los pueblos*, en los que, una cabriola á tiempo, ya que no hace la vida feliz, asegura la integridad del pellejo. Y aquel fué uno!

El corpúsculo *ut supra* [qué cómodo es el latín.... particularmente cuando se ignora *in toto!)* por malaventura estaba inflamado y por lo tanto, en su impacto con la torcida en cuya composición entraba la sustancia que es asunto de cierto criptografo de Bacón (frai Rogerio) comunicó fuego á los cohetes. El chisporroteo de la pólvora tuvo la fuerza de una insinuación elocuente con mi *siá* María, pues abrió los brazos, emitió un berrido en *la* agudo y pegó un bote que la depositó con más cordialidad que suave modo, en los (—digamos—) amorosos brazos de Herr Vogellieber.

Thunder und blitzen!, wass ist diess?

Ja! Cara .. mba, replicó el loro y se echó á volar de un lado para otro—seguido por los cohetes.

Cristo con todos! prorrumpió el litigante y haciéndose un ovillo se precipitó bajo una banqueta, desde donde, mientras daba diente con diente, jadeando como perro cansado, se le oía—corrijo, se le pudiera haber oído (si se eliminaran los truenos de las bombas) murmurar: dijo que apela—Oh Santìsima Virgen—ay!—por creerlo así de justicia—Dios mío!—Señor Juez de tercera Instancia—Animas del Purgatorio—Juan Jiménez—de generales conocidas y—Señor del Perdón ampárame—y vecino de esta ciudad ... fuego!—alarma!—ante vos con el debido

respeto—expongo—agua! agua!—que juzgando estar en mis intereses....Virgen de la O!

Los otros jurando, aullando, brincando, bufando se precipitaron en masa hacia las puertas que comunicaban con los otros compartimentos: *capeando*, con la limpidez de *diestros* en una plaza de toros, las varas y las bombas que les llenaban de terror el alma.

El estruendo de "3×24 son 72 (*) bombas" era positivamente infernal y los habitantes de los predios al través de los cuales rodaba el cabello de hierro con su rosario de carros, se quedaban lelos al oirle, sin saber qué causa asignarle. Unos creían que el conductor y su gente se habían *pronunciado* contra *el Supremo:* otros se imaginaban que los pasajeros arreglaban *amistosamente* sus diferencias de opiniones á tiros: los más, sin embargo, habituados á *verlas gordas*, se encogían de hombros, haciendo cuenta de que luego se sabría lo que ocurría, á la vez que las causales de la ocurrencia.

Entre tanto, el jefe del tren seguía imperturbable apuntando, Dios sabe qué en un libraco. Creo que era Kentuctiano. Bien le decía el *oficial del dedo*..... saben Uds? el que hace señales con el dedo y gana un bonito sueldo por tan ímprobo como difícil trabajo—: "le parece á Ud. que hagamos parar la máquina Mr. Damnifido? Los pasajeros se están matando ..."

"*I'll be damned if I do*, replicó en voz reposada. Déjalos que se mata. Tener un deferensha de opinión y entre cabaleros estar muy bueno que se ventila el pelejo."

"Pero .... no oye Ud. como arrecia el fuego....? y hay mujeres de por medio!"

"Oh mujeres ponerse en el suelo. No matar."

Abrir una puerta disputándose todos la posesión de la falleba, era poco menos que imposible: tanto más cuanto que el grupo esperimentaba vaivenes y sacudidas cada vez que uno de los *cargaderos* aporreaba

(*) *Usado por Dickens* V. Holiday Romance.

con violencia, aquì un cogote, allá un omoplato, más lejos una pantorrilla; gracia á la que sucedía, junto con el estallido del primer petardo, un aullido de dolor y espanto de parte del favorecido.

Oh Gott in himmel! Der teufel! Heilige Jun-frau! murmuraba el alemàn, quien con insólita galanterìa asía de las caderas à su improvisada amiga y la ponía de escudo, cada vez que una vara volaba cerca de él.

Luis.... era de carne y hueso y por lo tanto nada de extraño tiene que perdiera de pronto la serenidad. Por su gusto él habría salido de la angustiosa situación en que se veía, como cualquier racional lo hiciera; pero en tanta apretura le pusieron cinco ó seis de los testimonios (en el futuro condicional) de la devoción de mi *siá* María á San Caralampio ó San Teodato, como que le clavaron, ó poco menos, contra la banqueta, que sin decir adiós.... se tiró por la ventanilla que halló más cerca á la escarpa del terraplen: dando, sensible es decirlo, un costalazo de patente, *sans garantie du Governement.*

En el curso del tiempo, la exhibición *ex-tempore* de pirotecnia como todas las cosas buenas de este mundo, llegó á su término: dando lugar á la toma de razón tanto en lo individual como en lo colectivo, de los despertectos sufridos por los concurrentes à la fiestecilla. Someramente descritos consistían aquellos en la perforación de tres sombreros, desgarrones y quemaduras variadas en cinco ó seis trajes de señoras, abrasiones, dislocaciones y otros accidentes, unos graves y otros *menos graves*, como dicen los juristas, sufridos en distintas partes de la anatomía de los viajeros; amén del desequilibrio, siquiera fuera momentáneo, del espíritu de los mismos y por final, la retirada, *en orden*, de Luis por vía.... extraviada.

Oh! el tren paró poco después desde luego y Luis se llegó á él cojín cojeando y un si es, no es, cansado.

Hay fuertes presunciones de que el loro de Herr Vogel-lieber siguió á Luis en su fuga como que no ha vuelto á aparecer. Su dueño se inclina á creer que su *Klein freund*

se retiró al vuelo; pero Luis no es del mismo sentir, pues dice que en el acto de hacerse escaso, experimentó un dolor agudo en.... en el fondillo de los pantalones: cosa que él atribuyó, en aquel supremo instante, á la contusión producida por el extremo agudo de una de las cañas de los cohetes. Al caer sin embargo, no obstante la turbación natural en las circunstanciás, le pareció, si bien no está de eso muy seguro, que algo se alejó de él: algo *verde* que hablaba palabras en idioma extraño, á las que hacían secuela algunos tacos españoles de inequívoca energía. Contusión ó mordida.... aun le escuece á Luis.

Herr Vogellieber se mostró inconsolable por la pérdida de su alado amigo. Mi *siá* María lloraba de congoja y de susto. Nada era la paliza que la propinaría su consorte: lo que pesaba más en su ánimo era lo que pensaría de ella San Cupertino ó San Ildefonso, con cuya protección no la sería posible contar en un año.

Cada cual comentó á su modo el suceso de los cohetes: conviniendo todos en que pasaron un susto de todos los diablos.

Luis decía que, por su parte, no podía aseverar que hubiera tenido miedo: lo que él experimentó fué el sentimiento del más profundo respeto y como le pareciera que su aserción era recibida con urbana incredulidad, puso en salvadoreño crudo la leyenda de la Jarretera: puesto que no conoce el francés.

Al llegar á Sonsonate, todos estaban de broma, menos nuestro alemán, quien entre suspiro y suspiro, murmuraba con enternecido acento: *mein armer vogel! Mein klein freund! Ach!*



Sonsonate, Imprenta La Luz 1895.